

70.

OS
ALES





Juegos Florales

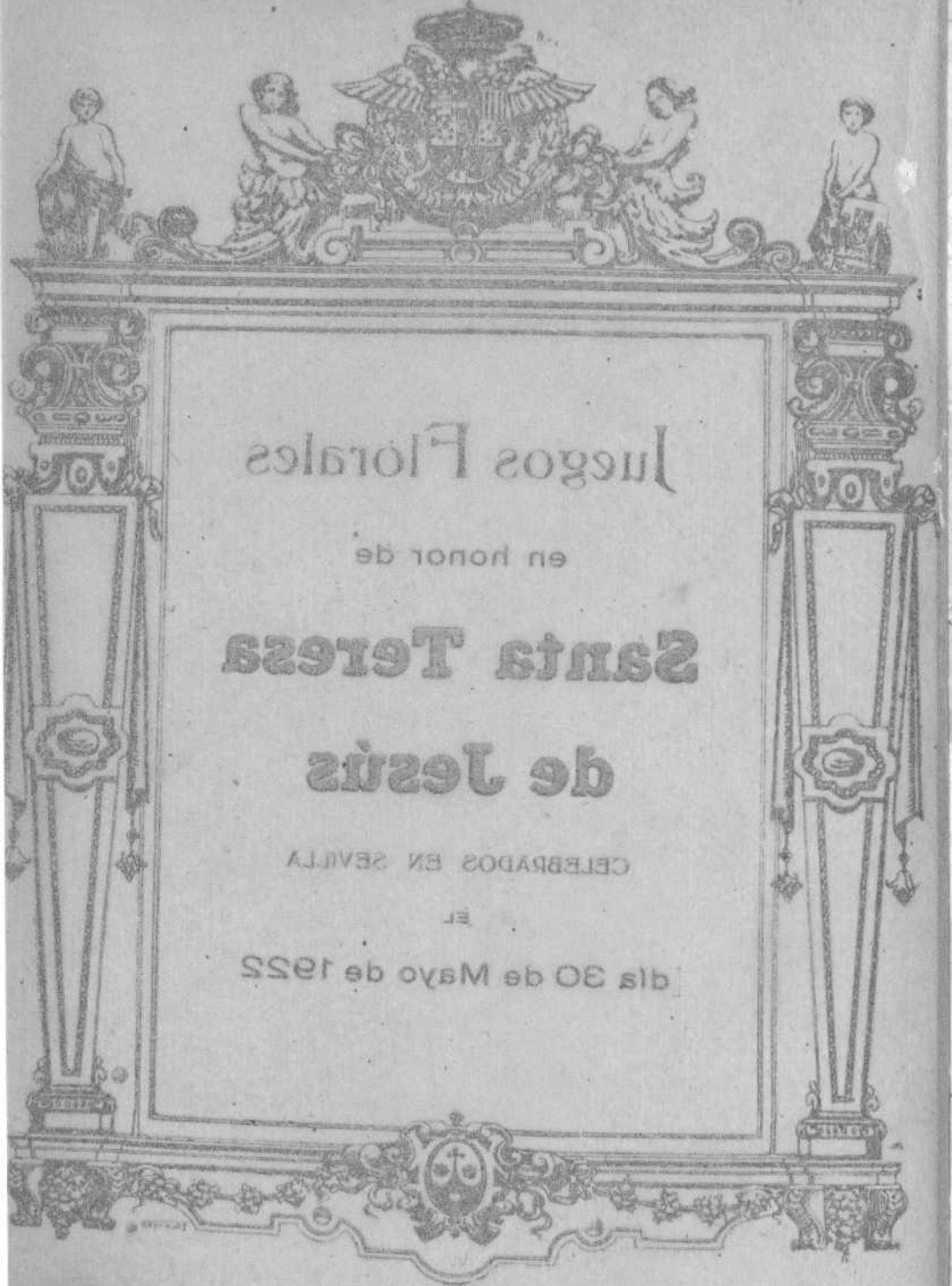
en honor de

**Santa Teresa
de Jesús**

CELEBRADOS EN SEVILLA

EL

día 30 de Mayo de 1922



Juegos Florales

en honor de

Santa Teresa

de Jesús

CELEBRADOS EN SEVILLA

EL

día 30 de Mayo de 1922





SANTA TERESA DE JESUS

Juegos Florales Teresianos

celebrados en Sevilla en el
TERCER CENTENARIO DE
LA CANONIZACIÓN DE
STA. TERESA DE JESÚS



1922
Tip. LA EXPOSICIÓN, Federico de Castro, 18
SEVILLA

EJEMPLAR NÚMERO 29

DEDICADO A

EXCELENTÍSIMO SEÑOR
MARQUÉS DE S. JUAN DE PIEDRAS ÁLBAS

*Vicepresidente de la Junta Nacional de Señores del
Tercer Centenario de la Canonización de
Santa Teresa de Jesús*



EJEMPLAR NÚMERO 29

DEDICADO A

EXCELENTISIMO SEÑOR
MARQUÉS DE S. JUAN DE PIEDRAS ÁLBAS

*Vicepresidente de la Junta Nacional de Señores del
Tercer Centenario de la Canonización de
Santa Teresa de Jesús*



S. A. R. LA SRMA. SRA. INFANTA D.^a ISABEL DE BORBÓN
REINA DE LOS JUEGOS FLORALES TBRESIANOS

Breve noticia del acto

Admirable conjunto ofrecía el día 30 de Mayo pasado el hermoso Teatro de San Fernando.

Las magníficas y severas colgaduras de nuestra Catedral, de antiguo y riquísimo terciopelo galoneado de oro, único ornamento que por completo cubría el que podríamos llamar estrado regio, le daba magestuoso aspecto de templo. En el centro, el alto trono de la joven Reina de la fiesta, flanqueado a uno y otro lado por los bancos cubiertos de ricas telas rojas, sobre los cuales se alzaban las dos quirnaldas de bellas flores de amor, que le rendían corte y vasallaje.

Formaban este bellissimo cortejo, vestidas con los colores de la nieve y el oro, tocadas de blancas y finísimas mantillas, diez y nueve bellísimas hijas de esta tierra de sol y de luz.

Tres de estas bellas jóvenes tienen la dicha de contar entre sus ascendientes a la gran Santa, cuyo centenario se conmemora y llevan entre sus apellidos el prestigioso de Cepeda.

Son ellas las lindísimas hijas de la Condesa de Santa Teresa y de la Marquesa de Arco Hermoso, Eugenia Mendaro y Romero y Cecilia Romero y Osborne, emparentadas asimismo con otra insigne mujer española, la que ilustró el pseudónimo de Fernán Caballero. Es la tercera la muy bella Pilar Montes y Cepeda, cuya madre lleva en primer lugar el glorioso apellido de la Santa.

Las otras eran: Lola Medina y Carvajal, inteligente hija de la Marquesa de Esquivel; Carmen Roxas y Solís, aún casi niña, hija de los Marqueses de Tablantes; niña angelical también, Blanquita Medina y Vilallonga, así como su prima Carmen Medina y Benjumea, hija de los Condes de Campo Rey. La inteligente y simpática Pilar Tavira y Ceballos, hija del Alcaide de los Reales Alcázares; la encantadora Diana García Pesquera y Noel y la gentilísima Marichu Parladé e Ibarra, ambas caritativas y abnegadas enfermeras que han rivalizado en la asistencia de nuestros heridos en el Hospital de la Cruz Roja. Sol Roxas y Brieva, lindísima hija de los Marqueses de Alventos; la preciosa Matilde Contreras y Solís; la bella hija

del Presidente de la Diputación, Carmen Benjumea y Vázquez; la del Diputado a Cortes por Ultrera, Lola Benjumea y Vázquez, lindísima y espiritual; la monísima Cayetana Mergelina y Laraña; la linda Blanca Dávila y Garvey, hija de los Marqueses de Villamarta; la arrogante belleza que se llama María Medina y Lafuente, la muy gentil María Cámara y Benjumea, y precediendo a todas la encantadora y elegante Carmen Movellan, dama de honor de la joven Reina de la Fiesta.

Esta bellísima Infanta, que encanta a cuantos la miran con su candor e ingenuidad que bien patentizan la hermosura de su alma, toda pureza y virtud, estaba bellísima en aquellos momentos. Ceñía su limpia frente una corona de lises de brillantes, caía un blanco velo de su linda cabeza y sobre su traje, todo blanco como su alma, arrastraba un rico manto verde bordado en oro, cuya larga cola caía en elegantes pliegues al pie del trono.

Cubiertos los antepechos de todas las localidades por los colores alternados de nuestra noble bandera (rojo y oro), sobre cuyos sobrios paños resaltaban verdes caídas de laurel y arrayán, completaban el conjunto, convenientemente espaciados, ricos reposteros blasonados de nobles casas de nuestra aristocracia.

Ocupaban las más ilustres familias las localidades

de preferencia y todo cuanto en Sevilla significa algo, veíase representado en esta fiesta de religión y de cultura.

Era interesante el bello y rara vez admirado contraste que ofrecían los trajes de gala de la selecta concurrencia presidida por Altezas Serenísimas, y los uniformes militares y civiles con las severas sotanas de canónigos, jesuitas y salesianos, y las estameñas de carmelitas, dominicos y capuchinos, contraste que nos traía a la imaginación el siglo mismo en que vivió la Santa, en el cual el teatro (no siendo piedra de escándalo), se veía concurrido por las órdenes religiosas, cuyos miembros solían ser sus más eximios sostenedores.

Sobre el trono de la Reina, único adorno que cortaba la severidad de las cortinas catedralicias, un bello cuadro donde estaba representada la Santa Avilesa, presidiendo la fiesta en su honor celebrada.

En el estrado, formaban dos filas a uno y otro lado del trono, los sillones de las autoridades. A la derecha, Su Alteza el Infante Don Carlos, Capitán General de Andalucía. A la izquierda nuestro Excmo. y Reverendísimo Prelado. A continuación de éstos, tenían asiento las Autoridades todas y la ilustre mantenedora, así como los autores de los trabajos premiados y la Junta de Señores.

Sin duda que fué el prestigio de nuestra Santa lo que congregó en esta pléyade de ingenios las más variadas y contrapuestas personalidades, representantes de muy diferentes estados y profesiones. Damas, sacerdotes, frailes, militares, magistrados se unieran como hermanos, invidios todos por la misma idea, para ofrecer a la mística Doctora un ramillete de amor y devoción, un sartal de perlas de poesía y de ingenio para nuevo esplendor de su brillante relicario.

La hermosa alocución del ilustre escritor Don Joaquín Hazañas; el bellissimo «Retablo» de la Condesa del Castellá, galardonada con el premio de honor; la tiernísima y mística poesía del joven salesiano Don Silverio Maquieira, el magnífico estudio de Don Eloy Montero; las rotundas y patrióticas estrofas del Magistrado del Supremo Don José Ortega Morejón, saludadas con estruendosos aplausos; el bellissimo y elevado trabajo de Fray Silverio de Santa Teresa; la hermosa poesía del Coronel de Artillería señor Lassa; la disertación del señor don Alberto Camba, Capitán de Intendencia, y los bellos sonetos de la Señorita Adela Medina, la teresiana *Gitanilla del Carmelo*, forman ciertamente un collar espléndido de hermosura, que cierra con broche que podemos llamar celestial, adornado con gemas arrancadas a las puertas del paraíso, el místico y elevadísimo discurso de la mantene-

dora, que hablaba de cosas del cielo como si el cielo la hubiese inspirado.

Fiesta inolvidable que debe ser eternamente recordada e imitada, para muestra de la religiosidad y la cultura de esta noble ciudad que ese día pudo llamarse con el bello nombre que le dió uno de sus egregios hijos recientemente arrebatado a nuestra admiración, *La Ciudad de la Gracia*.



S. A. R. LA SRMA. SRA. INFANTA DOÑA ISABEL DE BORBÓN
Acompañada de su Corte de Amor.



DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. D. Joaquín Hazañas y La Rúa

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

SEÑORA:

No debiera ser yo quien en nombre de las Juntas organizadoras de este festejo, os saludara en el momento de vuestra exaltación a ese trono, al que más que vuestra real ascendencia, más que vuestra belleza y vuestra juventud, os ha elevado la bondad de vuestro corazón. Una cruel enfermedad ha impedido al ilustre prócer que debiera haber cumplido esta misión, poder realizarla, y a un mandato de la Serenísima Señora Presidenta de la Junta organizadora de las Fiestas Teresianas en Sevilla, ya que órdenes son para mí sus deseos, se debe mi designación para sustituirle.

Al cumplirse el tercer centenario de la canonización de la mística doctora Teresa de Jesús, España entera, que se siente orgullosa de que en su suelo hubiese nacido aquella mujer verdaderamente extraordinaria, ha entonado y

entonó un inmenso coro de alabanzas en su honor, sin que elemento alguno de la nación haya dejado de tomar parte en él, desde la más augusta personalidad de Su Magestad el Rey (q. D. g.), hasta el sencillo y devoto pueblo, sin que falten en este concurso las Academias, las Universidades, que como la salmantina se complacerá en proclamar a la Santa como Doctora de su Claustro, las corporaciones de más diversos caracteres. las ciudades, villas, pueblos y aldeas, en una palabra, la nación entera.

En este concurso de alabanzas, en este himno nacional entonado en honor de la santa, no podía faltar la voz de Sevilla. Nuestra ciudad, archivo de la cortesía, faltaría a su tradición si no obsequiase rendidamente a la mujer fuerte, a la ilustre castellana que es personificación del alma de la raza; Sevilla, Atenas de Andalucía, olvidaría sus deberes si no se rindiese ante la eximia escritora, que, sin pretender ser letrada, antes bien huyendo de ello, escribió aquellas estrofas poéticas y aquella prosa magistral, que son hoy el encanto y el embeleso de propios y de extraños; Sevilla, ciudad de las más religiosas de España, renegaría de su gloriosa historia, si devota y reverente no hincase su rodilla ante la santa del corazón transverberado, la que mereció escuchar de labios de su Divino Esposo, que Él era Jesús de Teresa. Pero, aun sobre todo esto, tenía Sevilla una obligación especial de

rendir homenaje de amor y gratitud a Teresa de Jesús, porque fué aquí, fué en nuestra ciudad, donde el espíritu de la gran santa padeció más, donde se sintió más pusilánime y cobarde su corazón, donde cayeron sobre ella mayores y más injustas acusaciones, hasta el punto de que la misma santa llamó su «Getsemaní» al año de su estancia en Sevilla.

Para cumplir estos deberes de nuestra ciudad se celebraron ya fiestas religiosas en el pobre y ejemplar convento donde se albergan en Sevilla las hijas de Teresa, sus amadas descalzas, se celebra hoy este acto literario, se celebrarán en octubre cultos solemnísimos y se acudirá a visitar en peregrinación su sepulcro, porque la santidad de Teresa excede a sus demás caracteres, no obstante ser todos ellos tan notables, y más que como a escritora, que como a reformadora y como a personificación del alma nacional, la celebramos como a santa.

Las Juntas nombradas al efecto en nuestra ciudad han encontrado llano el camino para la realización de sus propósitos. La suerte ha sido con ellas espléndida, que suerte, y no pequeña, ha sido la presidencia, no honoraria, sino efectiva de su Alteza Real la Serenísima Señora Infanta Doña Luisa, cuyas son todas las iniciativas, todos los propósitos, que las Juntas se han limitado a desarrollar; suerte ha sido que cuando en nuestra patria se han

anunciado tantos certámenes en honor de la santa, hayan acudido tantos y tan notables poetas y escritores a estos Juegos Florales, y suerte singular ha sido poder contar con el concurso de la eximia escritora a quien todos, y yo el primero, estamos ansiosos de escuchar.

La señora doña Blanca de los Rios de Lamperez, no necesita de presentación en ninguna parte, dentro ni fuera de nuestra patria, pero menos en la ciudad en que nació, en que vivió en su juventud, en la que publicó sus primeros armoniosos versos y a la que no ha olvidado un momento dedicándole algunas de sus mejores obras. Si no necesita presentación la eximia escritora menos necesita de elogios, que, aunque merecidos, yo no me atrevo a prodigarle, porque siendo, como soy, un admirador entusiasta de su excepcional talento, soy también un antiguo y buen amigo que, conociendo su bondad, no quiero herir su modestia que harto estoy lastimando con estas palabras, por las que, humildemente, imploro su generoso perdón.

Réstame sólo cumplir un deber del que no pueden prescindir las Juntas organizadoras de estos festejos: testimoniaros su gratitud.

Gracias, Serenísima Señora Infanta, por haberos dignado concedernos el honor de presidir estos Juegos Florales desde ese trono al que tantas circunstancias, como

al principio os dije, os dan derecho. El reinado de unos Juegos Florales es siempre cosa efímera, pasa más pronto que la mayor parte de las glorias del mundo, pero cuando quien en ellos ha reinado tiene, como vos, Señora, tenéis, la bondad como nota característica, sigue reinando por toda su vida en los corazones de los que un momento fueron sus súbditos, que no hay cosa que más atraiga, que más esclavice a las multitudes que la bondad del corazón de quien ejerce la autoridad sobre ellas.

Gracias a esas damas que os hacen honorífica corte y que, con su belleza y su juventud, ponen una nota de alegría en estas fiestas celebradas en honor de una santa tan enemiga de la tristeza que alegremente padecía y que deseaba ver siempre alegre a todo el mundo, hasta a sus mismas religiosas.

Gracias a los poetas y escritores que han acudido a nuestro llamamiento a ofrendar a la reformadora del Carmelo los sazonados frutos de su ingenio, y a la ilustre escritora que nos honra hoy con su presencia, a la teresiana Blanca de los Ríos de Lamperez, que tan bondadosamente ha accedido a nuestro ruego, otorgándonos el honor de que sea una sevillana insigne quien en honra de Santa Teresa eleve su voz en esta solemnidad.

Gracias también a las dignísimas autoridades sevillanas y a cuantos estáis presentes. Las Juntas organizadas

ras testimonian a todos, por mi humilde palabra, su profunda gratitud por el concurso en esta fiesta celebrada en obsequio de la virgen de Avila, de la mujer fuerte, de la mística doctora, de la castiza escritora, de la reformadora insigne, que es, ante todo y sobre todo ello, la gran santa
• Teresa de Jesús.

HE DICHO.



RETABLO TERESIANO

POR LA

Exc.ª. Sra. Condesa del Castellá

Poesía premiada con la Flor Natural



EXCMA. SRA. CONDESA DEL CASTELLÁ Y DE CARLET
PREMIADA CON LA FLOR NATURAL

SALUTACIÓN DEL POETA A LA REINA

SEÑORA:

Vá mi salutación a Vuestra Alteza
desde el suelo fecundo en Trovadores,
por el verso y la lanza, triunfadores
en las «Cortes de Amor» y de realeza.

¡Bella Infanta Isabel! diga mi glosa
la gracia juvenil que es vuestro cetro.
Mi ofrenda de poeta... es... una rosa
floreceda en el ritmo de este metro.

Si os dignáis acoger este mensaje
al uso y de las tierras de Levante
¡oh nieta de la «Reina de Castilla»!

¡Ved! que os rinden de lejos vasallaje
el «Mar Nuestro» y su espíritu radiante
como a reina que soís... hoy en Sevilla!

Condesa del Castellá.

LEMA: «Manojito de mirra es mi amado para mí»
(Cantar de los Cantares).

RETABLO TERESIANO

I.

PATRIA DE SANTA

Por la austera Castilla de la triste llanura
donde el trigo se dobla bajo el peso del sol,
ha pasado Teresa, la sublime figura
de mujer y de santa, prez del suelo español.

Por los campos y villas una estela perdura
de prodigios y asombro, como un claro arrebol
en la tierra que es parda, cuya hidalga bravura
tiene el místico soplo de su ascético estol.

De la cruz y tizona la epopeya lejana
pone el áureo reflejo de glorioso historial
en almenas adustas, de ciudad—barbacana (1)

que celosa defiende su prestigio inmortal!..
¡Cuna, andanzas y tumba de la flor castellana!..
¡milagroso perfume de una flor... en misa!..

(1) Avila.

II.

FE TERESIANA

¡Oh! qué intensa fragancia
de la Fe quinientista! tan devota
que apetece en los días de la infancia
sufrir martirio en Africa remota.

Que tiene por livianos
los afectos más nobles y pueriles...
el adorno y recreo por mundanos
en la flor de los años juveniles

¡Oh! la Fe generosa
que sabe renunciar a lo terreno
y el libro de «Amadis» cierra, piadosa
abriendo al celestial amor el seno...

Del claustro a los caminos
y a merced «de lo alto» abandonada,
vía, en ingénnos coloquios peregrinos
por el ansia de Dios transfigurada.

Y la suma pobreza,
que en la contradicción es más temida
ni arredra, ni conturba la entereza
de la «ilusa, andariega» y perseguida.

Esa Fe trashumante,
ofrece a Cristo cándidos laureles
de una pálida hueste triunfante...
y esposas en sus místicos vergeles!

¡Fe de Teresa! Arnés en paño burdo,
tu capa blanca reformó el Carmelo;
y así prevaleció el divino absurdo
de conquistar para tu raza: *un cielo!*

III.

AMOR DE TERESA

¡Era la Pascua! El claustro amanecía...
y un «Aleluya» el ruiseñor cantaba...
Del Serafin un rastro aparecía
a la Santa, que amor *transverberaba* ..

Ya hirió su corazón candente dardo,
ya en divinos deliquios desfallece
la «Esposa del Cantar»... Trasciende a nardo
la herida del Amor... y resplandece...

¡Amor!... ¡perfecto Amor! eres tan fuerte
que Teresa por Tí quiso la muerte...
Amor que sube a Dios para adorarle

que de la pura Esencia es poseído,
es... *serafico Amor!*, para alcanzarle
Teresa de Jesús, sólo ha vivido!

IV

LA VISIÓN DEL "AMADO"

Ya toca la campana mañanera...
Junto al rosal del Claustro, pensativa
Teresa de Jesús la misa espera...
y hay un punto de sol en cada ojiva

En el misterio de la luz primera
viene un *rapaz* de gracia sugestiva,
sonríe en un dosel de enredadera
y a Teresa sorprende... y la cautiva.

—¿Cómo llegaste aquí, dulce cariño?
—Y tú ¿quién eres?—le pregunta el niño
—Teresa de Jesús! ese es mi nombre.

—¡Soy Jesús de Teresa! aunque te asombre:
El rostro de la Santa se ha encendido
v el huerto y su jardín, han florecido!..

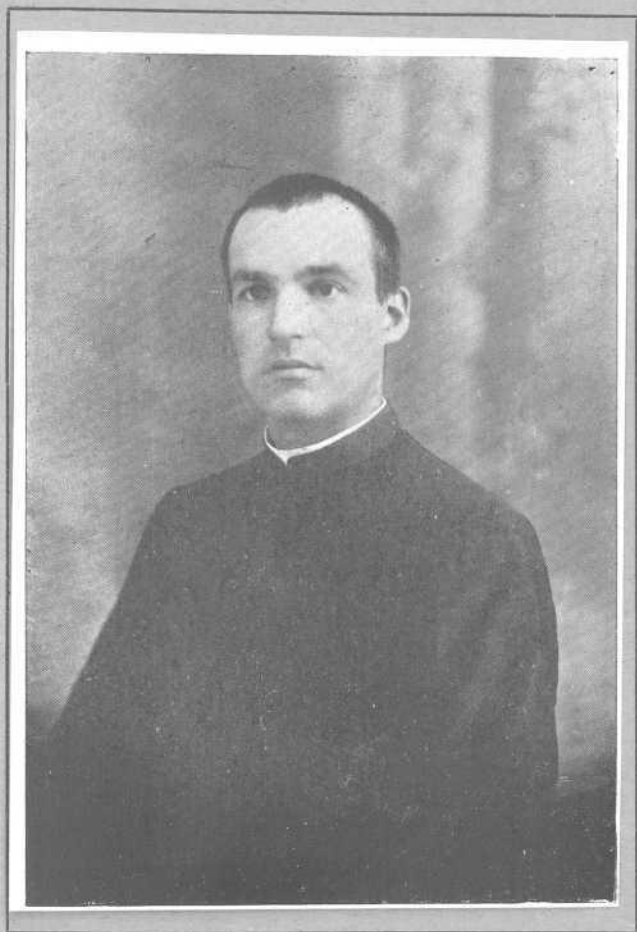
7 mayo 1922.

Venga mi amado a su huerto

POR

D. Silverio Maquiera

(SALESIANO)



SR D. SILVERIO MAQUIERA
Religioso Salesiano

PREMIO DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA LUISA
Presidenta de la Junta de Señoras

A Santa Teresa

Al mirar tu hermosura,
flor de mi patria, castellana estrella,
trovador de esta hondura
pido a tu luz radiosa una centella
que desgarre las focas
de estas nieblas fantásticas y locas,
incierto horizontes
que ocultan las dulzuras de tus montes.
Por la senda escabrosa
de este valle de llantos peregrino,
desengaños encuentro en cada rosa
se me desgarra el alma en cada espino.
Deja que el trovador hoy a tú planta,
ave rendida de aspereza tanta
desgrane sus cantares
y olvide el sinsabor de los abrojos,
Santa inmortal de gracias singulares,
con las sabrosas mieles de tus ojos.

LEMA: «*Venga mi amado a su huerto.*»

(Cantar de los cantares. C. V)

Reza Teresa de Jesús... La tarde
llena la estancia de apacible aroma;
arrulla la paloma
y el sol que muere en las vidrieras arde.
—«Ven, amor mío; ven a mis jardines,
a mi huerto de frutos coronado,
para tí sus jazmines,
para tí sus manzanas he guardado.
¡Flores de mis vergeles,
blancas celindas, encendidas rosas
y amorosos claveles,
esparcidle fragancias deleitosas;
cantadle, pajarillos;
salid, doncellas, vírgenes graciosas,
llenad los canastillos

y alfombrad el camino por do viene.
¡Yo fallezco de amor si se entretiene!
dijo la virgen y extendió sus ojos
a la altura, los ojos de paloma
do en místicos enojos
ansiosa de volar el alma asoma.
Su pecho enamorado
bajo el sayal castísimo latfa
y de ansiedad llagado
así a sus labios el afán salfa:
—«¡Oh cárcel!, ¡oh destierro
que me impide gozarte cara a cara!
Amado, rompe el hierro
y sácame a la vida de luz clara
donde el vivir es vida verdadera.
Que no pueda morir de amor herida
me causa tal congoja, que muriera
si este lento penar no fuera vida.
Ven, amor mío; ven a mis jardines,
a mi huerto de frutos coronado,
para tí sus jazmines,
para tí sus manzanas he guardado.
Dormidos mis lebreles
y con cadenas y collares de oro,
entrarte no receles;

cierra los ojos si hay en mí desdoro,
y entra a alegrar la paz de mis verjeles.

• • • • •

La noche está serena
y el viento lleva esencia de azucena.

• • • • •

—Arrulle, la paloma castellana,
la blanca palomica
que en la quietud de su jardín se afana
y en mi costado enamorada pica.
Rumor de los trigales
cuando la espiga grana y juega el viento
tú querella; y fragancia de rosales
y suave olor de nardos, tú tormento.
Tus gracias me llagaron,
vírgen la más amante, hermana mía,
y por ellas mis ansias olvidaron
las crueldades de la noche fría.
Abre, que estoy cansado
y mis sienas mojadas del rocío;
éntrame en tu cercado,
flor del Carmelo, que tú aroma ansio
y la vírgen salió; corrió la Amada,
el seno palpitante,

el alma enajenada
y abrió la verja del jardín... Radiante
la bóveda celeste se movía
con lentitud; el manantial dormía;
se callaban los suaves ruiseñores
y en la hondonada umbría
mudo besaba el céfiro a las flores.
Y buscaron sus ojos al Esposo
con ansias; mas ¡ay pena!
al conjuro amoroso
que en el espacio suena
se muestra Amor esquivo y enojoso.
No responde... ¡Se ha ido!
¡Oh triste soledad! ¡Oh pecho herido!
atenta el alma escucha por si acaso
de la cañada en la alfombrada senda
oye su andar; mas ¡ay! por más que atiende
no ha de sentir el ruido de su paso,
que han deshojado al día
rosas de luz los dedos de la aurora,
y ya cantan las fuentes de alegría
y susurra la fronda soñadora,
y las aves su canto han emprendido,
sartal de trinos que lanzado al viento
se mece desprendido

por la extensión azul del firmamento.
— «Rumores de alborada,
flores que al sol lucís vuestros collares,
¿habéis visto a mi Amor? Yo soy la Amada
y gimo de su ausencia los pesares.
Decid si le habéis visto, aves sencillas
que os columpiáis en el rosal florido;
quizá vuestras letrillas
oyó al pasar... decid ¿por dónde ha ido?
Y las aves y flores
callan y le acrecientan sus ardores.
Al oír sus querellas
un querube encendido
bajó de la región de las estrellas
y con un dardo el corazón le ha herido.
Y por la extraña herida
de aquel dardo de amor le entró la vida;
y pregustó su pecho enamorado
del Esposo divino la hermosura,
del eterno collado
la bienandanza pura.
¡Oh dulce amanecer de aquellos montes!
¡Oh inmortal sosiego, gozo puro!
¡Perdióse su deseo en el seguro
de aquella claridad sin horizontes,

de aquella aurora sin celajes, clara,
de aquella eterna primavera, avara
de hermosuras, de encantos, de bondades.
Y el Esposo llegó y le dio los brazos
y en íntimos abrazos
le dió a gozar divinas suavidades.

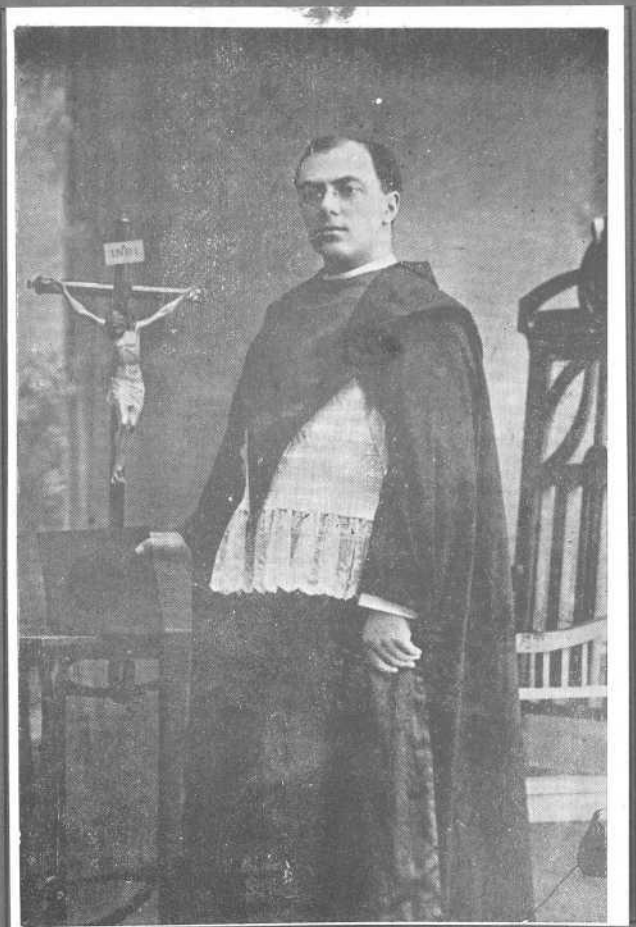
Silverio Maquiera.
Salesiano.

Sevilla y 28 de abril de 1922.

O PADECER O MORIR

POR

D. ELOY MONTERO



ILTMO. SR. D. ELOY MONTERO
Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Valladolid
Catedrático de Derecho Canónico de la Universidad de Sevilla
PREMIO DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. D. EUSTAQUIO ILUNDAIN
Arzobispo de Sevilla

LEMA: «O padecer o morir.»

La Santa nacional

Fué entonces, cuando nuestra patria brillaba como un astro de primera magnitud en el cielo de la Historia; cuando nuestros grandes hombres, diseminados por el mundo eran maestros de la Humanidad entera; cuando la toma de Granada había completado como precioso florón la guirnalda de nuestra Reconquista; cuando tan grande era España, que Dios hubo de depararla un Nuevo Mundo para que en él pudiera desenvolver su hondo pensamiento y expandir el alma de la raza: cuando una ingente multitud de descubridores, aventureros, caudillos y soldados, un verdadero ejército de literatos, humanistas, dramaturgos, místicos, doctores y poetas, pululaba en nuestro suelo como autores de una epopeya deslumbradora: fué entonces, en medio de aquel estruendo, de aquel moverse, de aquel bullir de un pueblo de teólogos, de soldados y de frailes «descollando sobre las murallas vivientes de los famosos Tercios, surgiendo entre los hierros afilados

de las alabardas y de las picas, entre el fulgor de acero de los mosquetes y de las corazas», fué entonces cuando apareció en España aquella flor femenina, blanca y morada «como de pureza y de martirio» aquella mujer «inquieta y andariega» Teresa de Jesús, la Mística Doctora, que supo dar a la santidad un gracejo, un donaire y una donosura sin igual, viniendo a templar aquel bullir y aquel estruendo con arrullos amorosos de tórtolas y de palomas celestiales.

Nacido yo en la vieja Castilla, la tierra recia y fuerte, de carácter serio, de horizontes grises, de severos montes, de silenciosos valles, imaginé mil veces como divino modelo a aquella excelsa castellana, milagro y pasmo de la Humanidad toda, que, sin pretenderlo, ni soñarlo, resultó literata y mística, a aquél ser privilegiado, que me robó el corazón desde muy niño; cuando al amor de la lumbre en las veladas largas del invierno riguroso de Castilla la madre buena, que me diera el ser, me hizo entrar en la vida y en los recuerdos de la Santa, con la ilusión bendita de convertirme en un devoto teresiano.

Y mi madre consiguió lo que tan de veras pretendía: por eso, al ofrendar Sevilla un homenaje de amor a Santa Teresa de Jesús, no puedo menos de consagrar unas cuartillas a la querida paisana, para contribuir un poco al aumento de su gloria.

LA MUJER

En Avila, la de los Caballeros, en la entraña misma de Castilla Vieja, donde el hablar es castizo y bravo, y el clima recio y crudo, y el suelo firme y las costumbres austeras, nació la mujer excelsa, predestinada por Dios para ser la encarnación de la raza y la gloria de la Nación Española.

Allí tenía el hidalgo Don Alonso Sánchez de Cepeda, un viejo caserón escaso en muebles, «como de andantes y soldados»; en la antepuerta las armas de la paterna estirpe; en los salones amplios el broquel y el capacete y el lanzón y las espuelas y la espada; en la cuadra el caballo con el lujo morisco del cogín de terciopelo y las cabezadas majas y el pretal de cascabeles; en la Biblioteca algunos libros de espiritual recreo para esparcir el ánimo cansado, como el «Retablo de la vida de Cristo», «El Laberinto» y «La coronación de Juan de Mena», las obras de Séneca y de Virgilio; en los trojes los trigos y la harina y en la repuesta despensa los quesos y las hogazas,

las conservas y las mieles, cual correspondía a labradores hidalgos.

Acostumbrado yo a contemplar estas casas solariegas castellanas, que tantos recuerdos y leyendas atesoran, conocedor de la mujer casera, que allá trajina, en la soledad de la alquería o en el riñón de la ciudad austera, de murallas medioevales, vi mil veces a la luz de la fantasía y en aquel viejo caserón de los Cepedas a Teresa, la niña de honesta desenvoltura, rebosante de simpatía y atractivo, llenando la vivienda castellana de los efluvios puros de su animación, jovialidad y alegría. Ella es la que limpia y aseá los muebles y barre el suelo y registra la alacena y bruñe los velones y pone en orden el estrado y condimenta la olla en la cocina, exhalando siempre aromas de manzanas y membrillos, que guarda en los arcones. Ella la que interrumpe sus labores de joven hacendosa para acudir a la puerta a remediar al mendigo con la hogaza, para saludar a quienes vienen de visita, para alentar en sus bregas al cabrero y al gañán, para recrearse con lecturas de Dios y de caballeros andantes, para jugar con su hermano, con Rodrigo, a monasterios y ermitas.

En la huerta de la casa pasaban muchas horas, en plática amena y sabrosísima, conversando ambos hermanos sobre aquellos mártires insignes, heroicos y valientes.

tes, sobre aquellas vírgenes, lindas de cabellos de oro, cuyas imágenes admiraban en los retablos de la Iglesia; sobre aquellos caballeros andantes, de aventuras locas, sin imaginar siquiera la joven castellana que ella había de ser bien pronto uno de aquellos paladines del espíritu, soñadores eternos de celestiales conquistas, de corazón abrasado en los divinos amores, ascetas y místicos de nuestra centuria de oro, en cuyos pechos alentaba fervoroso el espíritu aventurero de una caballería, que a la sazón agonizaba.

Por eso no es de extrañar que muy niños se confabulen los dos hermanos Cepeda y que, burlando la vigilancia paterna, proyecten una escapatoria para marchar a aquellas regiones de paganos, donde pudieran dar su sangre por Cristo, doblando juntos su cerviz al alfange damasquino.

Después, ya casi moza, al entreabrirse el cáliz de su fresca juventud, sintió Teresa unos momentos el halago tierno de vanidades inocentes: «Comencé a traer galas y a desear contentar y parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos y olores y todas las vanidades, que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa» — escribe ella misma con su sinceridad de siempre. — Y éstas fueron sus grandes prevaricaciones, éstos sus famosísimos pecados.

Aquel alma brava y recia muéstrase en un principio «enemiguísima» de ser monja en el convento de Santa María de Gracia: y sólo tras larga batalla de tres meses, gracias a la lectura de las Epístolas de San Jerónimo, con gran dolor, pues «al salir de casa de mis padres—dice—no creo sea mayor el sentimiento cuando me muera... porque me parece que cada hueso se me aparta por sí» entró por fin en el convento de la Encarnación de Avila.

Pero nosotros no pretendemos hacer una biografía de la Santa: sólo queremos admirar en Teresa de Jesús a la mujer, porque ella es mujer siempre, antes que todo y por encima de todo: mujer, cuando emprende aquella obra gigantesca de la Reforma, caminando por la estepa de Castilla, descalza y a pié unas veces, y otras en aquel humilde carro, mal cubierto, en el que entraba el sol y el frío, y la lluvia y el ventisco, habiendo con frecuencia por compañía a trajinantes y arrieros: mujer cuando realiza, tras grandes obstáculos y persecuciones y calumnias, aquella grande obra, que la acreditará de gobernante y estadista: mujer, en fin, cuando escribe por obediencia aquellos libros, que se han vertido a todos los idiomas, que han embelesado a tantos sabios, que han llenado de asombro y estupor a todo el mundo.

Teresa de Jesús, no intentó ser escritora, ni hacer una obra de estética y literatura; ni tenía grandes estudios, ni

conocía métodos de enseñanza; que mal pudiera ser así aquella mujer castiza, que, como dice Fray Diego de Yepes, su primer biógrafo «jamás tuvo curiosidad de aprender una sola palabra de latín, como lo hacen tantas monjas, que se precian de bachilleras y entendidas»: aquella mujer, que decía de este modo a una priora de Sevilla, aludiendo a la carta recibida: «Muy buena venía, si no trajera aquel latín. Dios libre a mis hijas de presumir de latinas. Nunca le acaezca ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que de retóricas.»

Y esta mujer tan sencilla, tan castellana, tan española, tan mujer, sabe expresar las ideas más elevadas, los misterios más hondos y ocultos del corazón, los arrobamientos y los éxtasis más audaces, las relaciones más íntimas entre Dios y el alma humana, con palabras castizamente españolas, claras y expresivas: esta mujer tan mujer es la autora de aquel libro soberano, que ella llamó «Las Moradas».

En sus escritos, en su porte, y en su carácter no aparece nunca la gatzmoñería, que tan antipática hace a veces la piedad: ni se conoce la tristeza, sino que por doquier campea la alegría, el gracejo, el buen humor, porque Teresa de Jesús es enemiga de dengües y remilgos y sólo ama la llaneza castellana y sólo quiere el santo desenfado.

do, con que trata por igual a sacerdotes y legos, a ricos-hombres y trajinantes, a hombres y mujeres, abordando a todos y concluyendo por avasallarlos con su dulzura y donaire, esparciendo siempre en torno de sí misma fragancia de jazmines y alegría de villancicos y sutilezas delicadas, cual si en sus viajes a Sevilla hubiera aprendido la vivacidad y el gracejo andaluz, para unirlos a la severidad austera de Castilla, cual si Dios la hubiera elegido para ser algo así como el resumen y conjunto de las virtudes de la raza.

Aquella mujer castiza mantiene correspondencia con toda clase de personas, con sus hijas, con sus directores, con sus colaboradores, con sus parientes. Y en los altos del camino de la Reforma encuentra siempre unos momentos para dirigir cartas a Príncipes, Nobles, Nuncios, Prelados y hasta al mismo Rey.

Y en medio de aquel ajeteo y continuo trajinar no descuida la oración y sabe compaginar con ésta el afán por las cosas materiales, que pueden resultar útiles a sus fundaciones y a sus casas: por eso en sus cartas pregunta a las prioras por sus dolencias, les habla de sus enfermedades, les manda modelos de contratos y hasta les señala el sitio, en que han de abrir el pozo o la ventana. Y en la posdata a sus epístolas, que rezuman savia del espíritu, pondera los regalos y presentes recibidos y hasta

recomienda una untura o un jarabe: circunstancias todas, que hacen del epistolario teresiano el más gracioso, el más movido, el más lleno de donaires y el más matizado de colores vivos y variados.

Por eso dice de ella D. Alejandro Pidal: «Es una castellana de carne y sangre, que nunca pierde su peculiar modo de ser, ni en las prosaicas ocupaciones de su convento, ni en las sublimes visiones y arrobados éxtasis de su celda. Herida y atravesada por el dardo de fuego del divino amor, perdida en el insondable piélago de las contemplaciones divinas, negociando el arrinconado solar o el derruido edificio para albergue de sus hermanas, siempre es Santa Teresa de Jesús la inspirada escritora de las «Moradas» la alegre repiqueteadora del pandero, el tamboril y las castañuelas.»

Y para D.^a Blanca de los Ríos «Santa Teresa, ese poeta sobrehumano, es todo nuestro: su decir está pegado a las entrañas étnicas y al concepto de la nacionalidad; de su corazón abrasado en el divino amor, arrancan las raíces de nuestro casticismo: y como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la exalta y transfigura, puede afirmarse que en nuestra gran escritora española subieron al cielo las virtudes de la estirpe y descendió la gracia creadora sobre la lengua, que es el alma de dos hemisferios.»

Porque Santa Teresa de Jesús es la encarnación viva de las virtudes y de las cualidades de nuestra raza: en ella brilla siempre aquel realismo austero de nuestros grandes hombres, sublimado por el nobilísimo ideal, que más tarde había de encarnar en Alonso de Quijano el Bueno; aquella hidalguía y nobleza legendarias de nuestra España y aquella naturalidad «honrada, apacible y sincera»; fundido todo en consorcio bello en el símbolo excelso de la Cruz.

En Sevilla, (donde por espacio de un año hubo de sufrir contradicciones, trabajos y pruebas tales, que ella misma llamó *su calvario* a la fundación sevillana), para obedecer al Padre Gracián, que es quien nos refiere el hecho, dejóse retratar por aquel artista de la naciente familia carmelita, llamado Fray Juan de la Misericordia, que después de obligarla «a estar sin menearse la cabeza ni alzar los ojos mucho tiempo», «al cabo la retrató mal, porque, aunque era pintor, no era muy primo, y así decía la madre Teresa con mucha gracia: Dios te lo perdone, fray Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y lagañosa».

Aquí también la venerable María de San José, predilecta de la Santa, que en su epistolario la llama «Monja letrera» y que después fué priora, trazó con cariño en su libro de «Las recreaciones» el retrato de la Santa,

diciendo de este modo: «Era esta Santa de medianā estatura, antes grande que pequeña; tuvo en su mocedad fama de muy hermosa y hasta su última edad mostraba serlo: era su rostro no nada común sino extraordinario, y de suerte, que no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios de él iguales, la frente ancha, igual y muy hermosa, las cejas de color rubio oscuro con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas, los ojos negros, vivos y redondos, no muy grandes, mas muy bien puestos... Mal se puede con pluma pintar la perfección que en todo tenía: la boca de muy buen tamaño: el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caído, de muy linda gracia y color; y así la tenía en el rostro, que con ser ya de edad y muchas enfermedades daba gran contento mirarla y oirla, porque era muy apacible y graciosa en todas sus palabras y acciones.»

«Era gruesa más que flaca y en todo bien proporcionada; tenía muy lindas manos aunque pequeñas; en el rostro al lado izquierdo tres lunares levantados como verrugas pequeñas, en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca el que mayor era, y el otro entre la boca y la nariz y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Era en todo perfecta, como se ve por un retrato, que al natural sacó Fray Juan de la Miseria, un religioso nuestro... Consintió que la retratase

vencida de las lágrimas de las hermanas de Sevilla, a quien mucho había resistido, pareciéndole ser inhumanidad dejallas desconsoladas, de quien por causa de volverse a Castilla se apartaba con mucho sentimiento y ternura.»

Tal fué aquella mujer, netamente española, que como dice la insigne escritora D.^a Blanca de los Rios a la manera de la Católica Reina, que abrió a España los horizontes de otro mundo terreno y material, abrió también a España y a la Humanidad toda el mundo del espíritu, que ella había contemplado rasgado ante sus ojos en éxtasis divino.

II.

LA ESCRITORA

El gran mérito de Santa Teresa de Jesús como escritora está precisamente en haber realizado una obra de estética sin quererlo y aun sin saberlo siquiera; en haber matizado de colores celestiales al verbo castellano, en haber vertido en su prosa sus amores divinos, caldeando las palabras con el fuego santo de una llama, que contagia con su incendio el corazón del lector; en haber preparado la lengua recia de Castilla para ser el medio de expresión de las grandes concepciones de nuestra literatura, que raya en lo más alto en Cervantes, en Tirso y Calderón; en fin, en haber hecho de nuestro idioma el más propio para conversar con Dios.

Nuestro genio nacional había brillado con fulgores en el Poema de Mio Cid, en las Cántigas del Rey Sabio, en las sonoras trovas del fecundo Romancero, y en las obras del graciosísimo Arcipreste, que rezumaban realismo y chorreaban picardía: pero la invasión de la lírica y de la novela italiana con sus pedanterías y liviandades; los tur-

bulentos días del reinado anárquico de Enrique IV; el contagio de la procacidad del rufián y del soldado en aquella vida aventurera de conquistas y viajes, dió al traste con el espíritu cristiano de las letras españolas, para producir tan sólo obras picarescas, cual la Celestina y el Lazarillo de Tormes, llenas de realismo y de ironía, pero desprovistas del alma de nuestra patria, de la savia religiosa.

«Delante de cada florecimiento estético va un gran renovador de la lengua» ha dicha Doña Blanca de los Ríos: por eso delante del florecer literario personificado en el Quijote y en nuestros dramaturgos de la Edad de Oro, precedió Teresa de Jesús, la gran escritora, que resultó tal sin saberlo y acaso precisamente por no saberlo que supo verter en el habla de Cervantes la ciencia divina, la savia del espíritu, que es la mitad de nuestra literatura nacional.

Aquella mujer excelsa acertó a hablar de Dios y de los misterios más hondos «en plática familiar de vieja castellana junto al fuego»; es decir, sin afectaciones ni artificios, sino con naturalidad y fresca espontaneidad, con la llaneza del alma castellana «que llama pan al pan y al vino vino» en lenguaje claro, más bien conciso, siempre expresivo y hasta enérgico.

Ella escribe las cosas más excelsas y sublimes con la elegancia de la hidalga de cualidades personales excelen-

tes y de educación esmerada, hecha al trato con personas sabias y distinguidas, prelados, sacerdotes y profesores y con damas de la grandeza, como D.^a Luisa de la Cerda y la Princesa de Eboli, y con la sencillez de la mujer castellana, nacida en caserón rico, pero entre labriegos y gañanes, entre el trajin de los campos y los quehaceres del hogar; así son sus comparaciones y ejemplos tomados de la casa y de la vida de familia, y nos habla del lino y de la rueca, de los pájaros y del huerto, del horno y de la hogaza.

Santa Teresa, como buena castellana, se preocupa tan sólo de lo que quiere decir, sin que se le de un ardite la forma y el modo de decirlo; sólo tiene un interés, el de ser clara, porque para eso escribe, para que todos la entiendan. Es por esto, por lo que muchas veces repite las ideas en otra forma, que le parece más clara y más inteligible; es por ésto, por lo que usa frecuentemente de paréntesis; es por ésto por lo que incurre en aquel desaliño a que alude D. Vicente de la Fuente y que tanto deleitaba a Fray Luis de León, que escribía de esta suerte a la venerable Ana de Jesús: «Y en la forma del decir y en la pureza y en la facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una *elegancia desafeitada*, que deleita en extremo, dudo que haya en nuestra lengua escritora, que con ella se iguale.»

Y cuando el Padre Gracián y otros, que se tenían por Teólogos, tachan frases y palabras y añaden glosas y comentarios, el autor inspirado de «Los Nombres de Cristo» avisa al lector de «El Castillo interior» que «lea como escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor y deje todo lo añadido y lo borrado si no fuera cuando estuviere enmendado y borrado de su misma mano, que es pocas veces». Y encarándose valientemente con los que osaron corregirla, dice el mismo Fray Luis de León «que hacer mudanza en las cosas, que escribió un pecho, en quien Dios vivía y que se presume le movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia.»

La prosa de Santa Teresa no se ajusta a modas más o menos tornadizas, sino que arranca de la copiosa fuente, en que el pueblo bebe su decir, con la suprema sencillez de la sinceridad de un niño, reflejo hermoso de la limpieza del alma y expresión viva del corazón de España.

Ni faltan en sus obras chistes espontáneos ni oportunos, propios de imaginación andaluza, que hacen venir a los labios la sonrisa graciosa y delicada, sin degenerar nunca en groserías chocarreras y procaces. Tal ocurre

en aquellos pasajes suyos de las beatas de Villanueva de la Jara, que rezaban en latín y del susto y miedo de su compañera en Salamanca la noche de difuntos; tal en la semblanza, que hace del Provisor de Burgos y en la descripción viva y pintoresca de la economía singular de aquellos frailes de Doruelo, que sin tener donde dormir ostentaban nada menos que cuatro relojes.

Abundan también en las obras teresianas los refranes populares, resumen de la filosofía más honda, que es la filosofía del vivir, que chorrean verdades y traslucen finas y sutiles ironías.

Pero si Santa Teresa aparece en todas sus obras como escritora castiza y de primer orden entre nuestros literatos, brilla aún más en aquella obra soberana, cuyo mérito dudo yo que haya sido excedido por alguna otra, en «Las Moradas». Ella misma confesó que «el platero que lo ha fabricado, sabe ahora más de ese arte» admirada acaso de aquella joya mística y literaria, donde se dice lo inefable con las palabras más llanas y más claras, donde se enciende el alma sin querer en el fuego del divino amor, donde se ve volar por encima de las palabras castizas la misma Majestad de Dios, que debía regir la mano de la escritora.

Y aquel platero, como dice el señor La Fuente, era «una anciana de 72 años, maltratada por las penitencias,

agobiada por enfermedades crónicas, medio parálitica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos.»

«Su estilo, su lenguaje—ha dicho D. Juan Valera—a los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpétuo y ascendente...»

Y el poeta inglés Crashaw exclamaba, leyendo la prosa Teresiana: «Esto no es idioma español, sino celestial!»

¡Celestial, sí! porque Santa Teresa escribió ante todo y sobre todo del cielo; porque en sus obras hay anticipos de la bienaventuranza eterna, que el espíritu atisba en lontananza; porque escribió entre resplandores de gloria; porque nos reveló los secretos del paraíso, cumpliendo el mandato de su Esposo «Mira, hija, que pierden los que son contra Mí. No dejes de decirselo»; en fin, porque Santa Teresa, la incendiada siempre en el fuego de los amores divinos, la arrobada en contemplaciones del cielo, la doctora en la secreta ciencia de la Mística, no pudo menos de verter en sus escritos aquella llama, que la consumía constantemente, aquellas luces, que iluminaban su espíritu, aquellas ansias, que la apretaban el corazón, llenándolo de angustia, aquellas nostalgias y añoranzas de los placeres y deleites gustados

al ser herida del Querube, contagiando al lector y haciendo del habla castellana, bebida en la fuente popular, del habla, «en que se vive y se ama», la lengua vírgen y purísima, ungida desde entonces para hablar en ella al mismo Dios.

III.

LA MÍSTICA

No sé por qué, pero ello es verdad; estamos habituados a la creencia de que la santidad tan sólo existe en las almas apartadas de los vaivenes de la vida, como si el contacto con la Divina Esencia no fuera compatible con el ajeteo del vivir. Yo creo que, si es más fácil el ser santo, cuando se vive en retiro y soledad, no es imposible serlo también en medio de este mundo. Se santifican las Marías; pero también pueden santificarse las Marías, y de ello es ejemplo Santa Teresa de Jesús.

Ella vive vida de actividad y de trabajo, de trato de gentes y de negocios terrenales; pero es al propio tiempo que mujer y mujer activa y diligente, la mística, la arrobada, la estática, la Santa: por eso es la Santa más mujer y acaso la mujer más santa.

Santa, cuando ya en los días de su infancia suspira por el martirio; Santa, cuando, a modo de San Agustín, escribe sus confesiones y se llama *pecadora* y trata repetidas veces de su «conversión», cual si sus grandes pe-

cados hubieran sido otros, que haber vivido vida secular, pero inmaculada y limpia en el hogar de una familia honrada, el haberse mostrado en un principio «enemiguísima» de ser monja, y el haber tenido la desgracia o la fortuna de nacer bella y llena de simpatía, agradando por ésto a quienes la conocían y hasta recibiendo requiebros de los mozos; cual si fuera grave prevaricación «el traer galas y desear contentar y parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabellos y olores...», Santa, cuando acomete aquella peregrinación de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, sufriendo los rigores del sol y del frío y de la lluvia y del ventisco, que se filtraban en el carro donde iba; Santa, cuando sufre aquellas persecuciones y calumnias y amarguras al hacer sus fundaciones; Santa, cuando por obedecer al Padre Gracián lleva con paciencia sin igual «la descomodidad y grosería, con que Fray Juan la retrataba (que la hacía estar sin menearse la cabeza ni alzar los ojos mucho tiempo)» y el pensamiento, que lastima su humildad de que había de quedar memoria y figura de ella en el mundo»; Santa, cuando gime de sequedades en el Claustro; Santa, sobre todo, cuando inicia y consume sus amores místicos con Dios.

Ella misma dice que pasó veintidós años en grandes sequedades «mas en los días de la Reforma comenzó a vislumbrar relámpagos de luces no creadas, a percibir

visiones y revelaciones entrelazadas y a parecerle que Dios le hablaba interiormente» como ella dice en su carta a su confesor el Padre Rodrigo Alvarez.

Eran aquellos los vislumbres de las cumbres celestiales, donde se asentaba la Majestad de Dios; era el percibir a lo lejos, nublado por las inquietudes terrenas, el claro diamante, que se aposenta en el Centro del místico Castillo, en la morada más recóndita; era el primer contacto con lo sobrenatural, el primer subir a lo excelso del Empíreo con los abrojos de la vida clavados en los pies...

Después vendrán los éxtasis, los arrobamientos, las agonías, aquel morir esta vida y aquel comenzar a vivir la bienaventuranza. Se abrirá el cuadro a toda luz; aparecerá luciendo esplendoroso el Sumo Bien: clavará osado la saeta enrojecida de amor el Serafín para atravesar el corazón: y se rasgarán los cielos; y ante la visión divina desfallecerá el cuerpo y se congelará la carne y se parará en las venas la sangre, cual temerosa de perturbar con su fluir el deleite celestial y el entendimiento no entenderá de las cosas de la Tierra, pero contemplará lo infinito, y la voluntad intensificará su poderío y amará infinitamente y el corazón sentirá ansias de morir y prorrumpirá en aquellos versos sencillos, ingenuos, pero llenos de misticismo y de amor;

«Vivo sin vivir en mí
Y tan alta gloria espero
Que muero porque no muero»

canto fiernísimo, verdadero gemido en el desierto de este mundo, donde se encierra el deseo de que termine esta vida, que no es vida, y que venga aquella otra que empieza con la muerte, donde se confinen las ansias y los ímpetus y las vehemencias y las agonías y las locuras de un corazón preso entre los hierros de la carne y desgarrado por el violento afán de arrojar-se, enajenado de amor, en los brazos del Esposo.

Y el Serafín audaz, lleno de luz y sonriente, jugará de nuevo con el dardo y volverá a herir el corazón: Teresa sentirá la herida y se quejará del dolor: el Querube retirará entonces la saeta con la punta llena de lumbre y de fuego, pero la Santa se marchará detrás de él y le rogará que vuelva a hierirla, porque la herida es muy dulce, porque aquello es una mezcla inexplicable de padecer y gozar, una agonía deleitosa, una muerte apetecible, un anticipo del gozar eterno, el placer más intenso del vivir, que no es vivir, sino morir, para confundirse el alma con la hermosura de Dios «como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda luz fuera una, o que el pábilo y la luz y la cera es todo uno...» «como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, a donde queda hecho

todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cual es el agua del río o la que cayó del cielo; o como si un arroyi-
co pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apar-
tarse...»

¡Misterios de Dios! esa gran mujer, recreada con los éxtasis más intensos que pudiéranse soñar, se siente nuevamente atenazada por los garfios de la carne, pros-
crita en el desierto de la vida terrenal, siempre abrasada, encendida siempre en amores celestiales, muriendo por no morir. Y en la soledad de su celda austera, y entre los cantos del coro emocionantes y tiernos, y aun cumpliendo sus deberes de cortesía en el locutorio recogido, volverá el audaz Querube, empuñando la saeta y aquella gran mujer quedará de nuevo llagada por el dardo, en arrobamiento dulcísimo, como suspensa entre la Tierra y el Cielo.

Santa Teresa de Jesús tenía un venero riquísimo de aguas místicas, celestiales y divinas: lo encontró allá, ahondando en su espíritu sin preciarse de saber Psicología, en lo más hondo del alma, en el centro del simbólico castillo: era el amor de los amores; de allí brotaba la divina unión entre el alma y Cristo, sellada por Teresa en el abrazo místico con su Amado y consumada después en aquel inefable desposorio, celebrado en lo más secreto del espíritu.

Aquel amor la enseñó a suspirar por el martirio y por la Cruz. Aquel amor la condujo desde el caserón de su padre al Monasterio de Gracia, y luego al de la Encarnación, donde gozó los favores del Esposo y después al de San José, tálamo nupcial de sus amores con Dios. Aquel amor la hizo peregrinar como «fémína inquieta y andariega» «de fundación en fundación» por tierras de Castilla y Andalucía y soportar las tribulaciones y las amarguras más grandes. Aquel amor la hizo prorrumper en aquellas palabras, que revelan un mundo de sentimientos «o padecer o morir» cual si en su afecto al Amado pretendiera imitarlo de continuo en la pasión dolorosa y en la Cruz, prenda bendita del cristiano, señal certera del gozar perpetuo en los Tabores Eternos. Aquel amor, en fin, convirtió a Santa Teresa en Doctora de la Ciencia de lo secreto, de lo misterioso, de lo escondido, en la Ciencia de la Mística, a ella, la mujer enemiga de latines y de «monjas letreras», a ella, que jamás estudió Psicología.

«Acaecíame—dice—algunas veces estando en oración venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que de ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí y yo toda engolfada en El; esto no era manera de visión, creó se llama Teología Mística, suspende el alma de suerte que todo parece estar fuera de sí; ama la voluntad; la memoria me parece estar casi perdida; el en-

entendimiento no discurre, mas no se pierde... no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende...»

Ese es el verdadero concepto de la Mística, bien distinto en verdad de la Pseudo-Mística del Nirwana del Budhismo, de la inamovilidad de los vecinos del Ganges, del Neoplatonismo Alejandrino, del «Iluminismo» de los Quákeros, del Taumaturgismo de Mahoma, del «revelacionismo» de Lutero.

Presencia del Señor en el alma: llamas de amor en la voluntad, luces de gloria en el entendimiento: pérdida casi completa de la memoria: y la sangre parada: y la carne fria: y los sentidos suspensos, muere en los oídos el rumor y huye la luz de las pupilas: y el corazón moviéndose muy lento, como temeroso de turbar con sus latidos el misterio, que se opera en lo más alto del espíritu: y el entendimiento iluminado con resplandores de fuego, que lo deslumbran: y la voluntad absorta en deleites, que jamás soñó: y las potencias todas embargadas en misterioso gozar: y en el centro del encantado Castillo donde «desata Dios los manantiales de las aguas» el Esposo, que se muestra al alma como es, «quitando a la Esposa las escamas de los ojos» y uniéndola fervorosamente a Sí «como dos velas, que se juntasen tan en extremo, que toda luz fuese una» o «como si un arroyico pequeño entra en el mar». ¡Ah! en ver-

dad, esto es Mística y Mística sublime. Por eso nuestra Santa Nacional merece ser llamada Mística Doctora.

España tiene su corazón. En Alba, la recostada blandamente sobre el Tormes, lo he contemplado muchas veces; el corazón de la Santa, aquel corazón grande, henchido de amor, que muestra abierta todavía la llaga del dardo del Serafín; aquel corazón, que sobrevive a los siglos y a los hechos de la Historia y a los hombres, cual si el Señor hubiera querido dárnoslo por modelo, para ajustar a él el nuestro, haciéndolo fuerte, lleno de amores divinos y en condición de conquistar con él la Gloria. Y al contemplar el corazón de la Mística, he creído muchas veces ver entre resplandores de luz, aquel ser que ganó las altas cumbres, aquella figura que dejó en este mundo un reguero de luz y una huella perfumada, como de aromas del cielo.

Esa fué Santa Teresa de Jesús, esa fué la Santa española, nuestra Santa Nacional, que, al fin, sangre española fué la que corrió por sus venas, sol español el que alumbró sus pupilas, mano española la que meciera su cuna, tierra española la que siempre pisó, españoles los que formaron y dirigieron su espíritu, españoles los que la ayudaron en sus luchas y es España la que conserva sus restos venerandos y sobre todo su herido corazón.

¡Quiera Dios que este homenaje, que las Damas de Sevilla ofrendan a la excelsa Castellana, contribuya al esplendor de su gloria y al engrandecimiento del pueblo español, que sería de nuevo lo que fué, si imitara a Santa Teresa de Jesús, encarnación bendita de las virtudes de la Raza!

Eloy Montero.

Santa Teresa de Jesús

POR

D. Manuel Cassa y Nuño



SR. D. MANUEL LASSA Y NUÑO
Coronel de Artillería

PREMIO DEL EXCMO. SR. VIZCONDE DE PRIEGO
Gobernador Civil de la Provincia

LEMA: «Alma: buscarte has en Mi y a Mi buscarme has en tí».

Santa Teresa de Jesús

Quiso el Señor iluminar el mundo
con un astro profundo
de santidad, sabiduría y gloria
y en el solar austero castellano,
refulgó un soberano,
fecundo genio de eternal memoria.

Teresa de Jesús, casta doncella,
donosa, humilde, bella,
abrasada de amor místico y santo.
Corazón generoso, alma inocente,
cerebro prepotente,
activa voluntad, verbo de encanto.

Teresa de Jesús, la que sentía
brotar de poesía
un inmenso raudal en su alma pura.

La Esposa del Esposo, la paloma
de luz, la flor de aroma
delicado, la fuente de dulzura.

Teresa de Jesús, la Dama andante
por el mundo adelante,
como otro Don Quijote de la Mancha,
que, por rudos senderos castellanos,
con sus pródigas manos,
tesoros de virtud siembra y ensancha

Teresa de Jesús, la Fundadora
de templos, la Doctora
en seráfica ciencia y simbolismo
que por don celestial es iniciada
y en el fuego abrasada,
de un amor que proviene de Dios mismo.

La del limpio lenguaje castellano
tan noble, tan lozano,
orgullo de la Raza de Cervantes,
¡Activa Raza que cruzó la tierra
y cuya historia encierra
los hechos más gloriosos y gigantes!

Con ese tan donoso desaliño,
la Santa del Dios Niño,

nos describe las cosas más divinas
y con su gracia en el decir, nos ata
a su espíritu y trata
de mil proligidades peregrinas.

¡Oh, Virgen de Castilla! la de inmensos.
pardos, hondos, extensos
campos de pan llevar y bronco vino:
tú, recogiste de ellos, levadura
que por siglos perdura
en los *Conceptos del Amor divino*.

Tú, en las *Exclamaciones*, meditabas
los frutos que alcanzabas
cuando en la dulce Comunión, sentía
tu alma llegar al fondo, los ardores
de amor de los amores
del Amado, en la Santa Eucaristía.

Tú, vas punto por punto, señalando,
tus *Avisos* dejando
con el libro inmortal las *Fundaciones*;
esa obra magnífica que hiciste
mientras hincando fuiste,
de vida conventual, tantos jalones.

En tu postrero libro, las *Moradas*,

se encuentran engarzadas
las joyas de tu genio prodigioso
y el concepto que encierra ese *Castillo*
es sublime y sencillo
a la par, inspirado y misterioso.

Fuiste mansa en tus *Glosas y Cantares*;
de claros hontanares
fluyó tu poesía dulce y tierna;
huelen tus *Villancicos* a jazmines,
los místicos jardines
te prodigaron la fragancia eterna.

Era tanta la gloria que esperabas
que más te atormentabas
por no morir, cuando morir querías
y esperando alcanzar el Amor Fuerte,
llamabas a la Muerte
y así, morías porque no morías.

¡Y no has muerto!, tus páginas gloriosas,
tus versos y tus prosas,
perennes viven como tú en el cielo
mientras en los altares exaltada,
seguirás venerada
¡oh Madre de las Monjas del Carmelo!

Manuel LASSA Y NUÑO.

**AMOR DE SANTA TERESA
A ANDALUCÍA Y SEVILLA**

POR EL

RDO. P. FRAY SILVERIO DE SANTA TERESA



RVDO. P. FRAY SILVERIO DE SANTA TERESA
PREMIO DEL EXCMO. SR. CONDE DE HALCÓN
Alcalde de Sevilla

LEMA: «*Vulnerasti cor meum.*»
(Of. de la Santa.)

Amor de Santa Teresa a Andalucía y Sevilla

Dos palabras nada más acerca de un argumento que creo no se ha tratado nunca en serio y al que las grandes fiestas que Sevilla prepara en honor de Santa Teresa dan oportuna novedad. Me refiero a las relaciones que la ínclita Reformadora del Carmen tuvo con Andalucía, y particularmente con Sevilla; porque corre muy acreditada la especie, que tales relaciones no fueron muy cordiales que digamos. Yo, por el contrario, trataré de probar que fueron cariñosísimas y que la insigne Doctora Mística descendió al sepulcro con el amor más tierno a estas benditas tierras, dejando en ellas, en prenda de este amor, a los seres más queridos que en vida tuvo.

Unas cuantas frases sueltas, utilizadas con habilidad y malicia por un escritor, tal vez desdeñoso de este rico

suelo (que por lo mismo que vale mucho ha tenido y tendrá siempre envidiosos y denigradores), para reforzar con tan alta autoridad sus propios y apasionados juicios, no pueden prevalecer en buena crítica contra los testimonios elocuentes e irrefragables de la Virgen de Avila, manifestadores de su cariño profundo y arraigadísimo a Andalucía. Santa Teresa, como todas las inteligencias elevadas y nobles, vió en las tierras regadas por el Guadalquivir todo lo bueno y hermoso que tienen otras, y algo más, mucho más, que no tiene ninguna, y que la Providencia pródiga privó a otros pueblos, porque sí, porque así le plugo; pues ni yo ni nadie puede exigir cuentas a Dios nuestro Señor, cuando todo lo que tenemos, lo poseemos a título gracioso. Decir que Santa Teresa no quiso a estas tierras, por algunas frases muy chistosas que sobre ellas tiene, sería lo mismo que decir de Cervantes que no fué un enamorado, un idólatra de ellas, por algunos saladísimos episodios de Rinconete y Cortadillo, o por aquella incomparable serie de tipos de Monipodio que han entretenido y hecho desternillar de risa a tantas generaciones, aunque espíritus amargados y contradictorios saquen de ellos contra la hermosa región andaluza las descabelladas conclusiones que su mal humor les inspira. ¡Atrás, genios del mal, despreciadores intonsos de todo lo bello y de todo lo excelso! Vuestro

paladar no es capaz de gustar las exquisitas viandas, únicas en el mundo, que se sazonan con las especias que se recogen en las riberas del caudaloso Betis, y que yo las reputo superiores a las del Cefiso helénico.

No hay herida o desgarró de corazón tan grande y holgado, producido por el amor, que baste a dar salida a la gratitud que todos debemos sentir en estos momentos en que Sevilla, vestida de fiesta, ofrenda a la gran Santa Española este homenaje. Hace poco lefa en un periódico, bajo el título de «Crisis de la espiritualidad» estas desgarradoras palabras: «Se celebran en el mes presente cuatro Centenarios de españoles, cuya gloria rebasa las fronteras, aun prescindiendo del sentido religioso, en cuyas alas llegaron al corazón de las muchedumbres. Esos Centenarios son los de San Isidro, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Francisco Javier. Pues bien; en torno a esas figuras, que, aunque no estuvieran en el santoral católico, serían «santos civiles» dignos de adoración, porque alcanzaron unos la máxima victoria sobre sus voluntades y llegaron otros a perfecciones sobrenaturales en las disciplinas que cautivaron y encendieron con su numen excelso antorchas inextintas, aun en la literatura, ¡qué desvío se observa en estos momentos tan propicios a la evocación de sus obras! Salvo aislados homenajes, que no trascienden de

la esfera casi íntima de centros religiosos, hay alrededor de esos Centenarios un profundo silencio, heredero directo de aquel «monótono y sepulcral silencio» que arrancaba invectivas y quejas al espíritu de Larra... Y es que va desapareciendo de nuestros lares patrios la espiritualidad, aventada por los soplos siniestros que desde fuera nos agitan y por los escepticismos y desengaños y desesperanzas que en lo interior engendra la carencia total de estímulos para todo lo que sea una sutileza moral, una ternura del sentimiento, una vibración que rice poéticamente el alma. ¡Cursilerías! Ya estamos oyendo el reproche y ya sentimos el chasquido de la despectiva calificación. ¡A eso hemos llegado!, a ser cursis los que pedimos un poco de espiritualidad en la raza, los que echamos de menos el sentimentalismo en nuestras costumbres, la poesía en nuestras fiestas, el alma en nuestras diversiones y en nuestros asuetos...»

Al terminar su lectura, sólo me ocurrió este breve comentario: el periodista que ha escrito estas cosas no ha estado en Sevilla. De haber estado, es imposible que no hubiera sentido la viril y robusta espiritualidad de que este pueblo incomparable está animado.

La Bética entera, la de las grandes bellezas naturales y artísticas, la de los Santos gigantes, la de los sabios incomparables, la de los cielos diáfanos y radiantes de

luz, la de suelo riquísimo, la de las mujeres bellas, la tierra clásica de la sal y del donaire, aquí donde la educación se llama naturaleza, donde la finura, delicadeza y galantes maneras es patrimonio de ricos y pobres, donde la Religión reviste formas espléndidas, que envidia la misma Roma, donde el amor a la patria podemos decir que está amasado con sangre sevillana, donde se plasmó la unidad religiosa con Recaredo, y se echaron los cimientos de la España grande con San Fernando, de aquella España que había de recibir forma definitiva y magnífica en tiempos de una gran reina, aficionada a Sevilla, de una reina que por su valor intrépido, por sus admirables dotes de gobierno, por su modestia y por su virtud, es gloria perdurable de su sexo y de su nación; esta gran Bética, en suma, codiciada desde los tiempos más remotos de la historia por los pueblos más poderosos del mundo, es la que se dispone a dar un solemne mentís a las palabras antes transcritas con las manifestaciones más gallardas, más sublimes de espiritualidad y patriotismo a la Santa de Castilla, a la Santa de España, a la Santa de la grande Iberia, a la Santa de la Raza.

Y si tanto más vale el homenaje cuando de más alto origen procede, apreciad, si podéis, el valor del presente, tributado por el pueblo más saleroso y espiritualista del mundo, del pueblo que ha sabido dar vida, color y pom-

pa a las cosas más vulgares e inanimadas, que es autor de las creaciones más bellas y geniales que recrean la imaginación humana, que ha sorprendido y dado forma a estas irisaciones incomparables de luz intensa de su cielo, que ha fijado en el lienzo, con envidia de los mismos espíritus angélicos, la belleza incomparable de la Madre de Dios en el atributo que más la honra, la limpia Concepción, que ha cantado las hazañas más heroicas con inspiración bíblica, bajada en derechura de las cumbres de Sión, como ha dicho un gran crítico, de este pueblo, cuyas mujeres, de legendaria hermosura y virtud, encarnan como ningunas las cualidades excelsas de la raza, personificadas en dos mujeres estupendas, Isabel la Católica y Teresa de Jesús, por las cuales la mujer española ejerce la hegemonía femenina del universo, y en las cuales no diré que Dios agotó los primores de su arte omnipotente, pero sí afirmaré que, salvo la Virgen, con la cual no hay comparación posible, son las obras maestras del sexo bello salidas de las manos de la divina Providencia, y que podemos presentar al mundo de la belleza moral y de la virtud, con más orgullo que al mundo del arte vuestra Catedral y vuestro Alcázar, vuestras Inmaculadas y vuestros «pasos» de la Semana Mayor.

Cuando así procede un pueblo tan glorioso y de tan recia contextura espiritual, no hay derecho a entregarse

al pesimismo que causa en todos los corazones nobles la falta de ideales grandes, ni hay opción a sospechar que no pudiera ser amado por una de las almas más sublimes que han honrado a la humanidad y que mejor han justipreciado las cualidades éticas y estéticas que adornan a la gente incomparable de Andalucía. Para mí no cabe duda que Santa Teresa por su gentileza, por la bondad ingénita de su carácter, por lo expresivo y donairoso de su conversación, por lo fascinador y atrayente de su trato, por el risueño y generoso concepto que tuvo de la vida, quedó perdidamente enamorada del pueblo andaluz y lo llevó entrañado en su ser, sin que nadie pudiera arrancárselo jamás. ¡Por algo se llaman a estas tierras, tierras de María Santísima, y por algo Santa Teresa se afanó por devolver a la Orden del Carmen, que es la Orden de la Virgen, su prístina belleza!

No un corto estudio, sino libros enteros, muy bien documentados, pueden escribirse en abono del amor que Santa Teresa tuvo a Sevilla y Andalucía. Quien haya estudiado a fondo a la Santa, y no a la ligera, como suele suceder a menudo, no necesita largos razonamientos para convencerse de esta verdad. Si se exceptúa Avila, donde la Santa nació y pasó la mayor parte de su vida, no conozco región ni ciudad de España que más gratos y abundantes recuerdos conserve de Santa Teresa, que

Andalucía y la capital del Betis. Porque Sevilla, la más rica entonces, la urbe más cosmopolita de la tierra, la de la sinnúmeras contrataciones, la metrópoli espiritual y crematística de ambos mundos, la de las naves de oro que se deslizaban airozas y sonrientes por su gran río, el más celebrado por los poetas y el de linfa más caudalosa, de riberas pintorescas y vegetación tropical, de ese gran río que un día constituyó las delicias de Santa Teresa, amiguísima del agua, cuando le contemplaba, como ella dice, desde su celda de la antigua calle de la Pajarfa; Sevilla la de la Giralda, la de la Torre del Oro, la llave del mundo de Colón, si tuvo un momento de distracción —«Aliquando bonus dormitat Homerus»— luego se repuso y fué la que mejor comprendió a la Virgen de Ávila; porque la Virgen de Ávila, digámoslo otra vez, es la Santa representativa de la raza, y Sevilla es el camarín, la hornacina, el templo más adecuado donde la Santa de la raza debe recibir culto y adoración perennes de todos los pueblos de que esta raza gloriosa se compone.

Ciertamente, Sevilla es guardadora de recuerdos teresianos de extraordinaria yalía para la historia de la gran escritora mística, que nadie ha estudiado todavía con el debido detenimiento, pero que deben estudiarse cuanto antes para gloria de la Santa y de España. Encierran los archivos hispalenses documentos de gran trans-

endencia para los estudios teresianistas, que hoy, no tanto en España, donde abundan los retóricos y fantasmones literarios y escasean los modestos y sólidos investigadores, sino en muchos países extraños, han adquirido vuelos tan raudos (dándonos con ello hermosas lecciones de patriotismo y amor a los trabajos sólidos y de erudicción directa, y no de exhibición y campanario), que podemos decir sin hipérbole, que la producción libresca referente a Santa Teresa es verdaderamente abrumadora. Porque en la Doctora del Carmelo hay un valor tan real y sustantivo, que los ricos filones de sus escritos no se acabarán de beneficiar nunca, pues cuanto más se explotan, más ricas venas se descubren en ellos. Ocurre con las obras de Santa Teresa algo de lo que pasa con las perlas, que es necesario hundirse hasta los abismos del mar doctrinal teresiano y bucear en ellos, para descubrir toda la riqueza científica y literaria que encierran en sus senos amplísimos.

Pero no es mi propósito hacer inventario de lo que Sevilla guarda de Santa Teresa, sino dar una idea de lo que la Santa amó a esta ciudad ilustre. Si bien es cierto que Santa Teresa no frecuentó cátedras de ninguna Universidad, no era tampoco un ingenio tan lego, que todo lo debiese a la intuición y al esfuerzo robusto de su inteligencia. Santa Teresa solía tener cabal conocimiento

de la importancia científica, religiosa y hacendística de las ciudades donde fundaba, y sabemos por su íntimo y amado hijo, P. Gracián de quien también está Sevilla cargada de recuerdos ternísimos, que era amiga de fundar en poblaciones populosas, de muchas letras y (¿por qué no decirlo?) de mucho dinero; y rica, letrada y populosa era Sevilla en tiempo de la célebre Reformadora. Sevilla, sin contar la bonísima condición de sus hijos, tenía todas las condiciones apetecibles para robar el corazón de Santa Teresa y ¡vaya si se lo robó!

Tengo para mí, que el corazón de la Santa tanto como en Alba de Tormes está en Sevilla. Me parece ver a la célebre Reformadora, al trasponer esta vida mortal, cerne-se unos momentos sobre la Giralda de la hermosa Catedral hispalense, para enviaros desde allí aquel corazón que tanto amó a este pueblo. Si por corazón entendemos un pedazo de carne, allí está, ciertamente, en la villa ducal del inmortal conquistador de Portugal y pacificador de Flandes; pero si por corazón entendemos el amor, el cariño chispeante y bullicioso, la quinta esencia del afecto, la síntesis sublime del valer de una persona, lo que da mérito y la hace grande e inmortal, el corazón de Teresa se halla entre vosotros.

Por ahí, corriendo unas calles tortuosas y estrechas, típicas de la gran Sevilla y llenas de remembranzas del

tiempo viejo, daréis con una modesta casona, hoy recogido convento de blancas palomas místicas. Atravesando un patio, muy lindo, como de estas tierras, y subiendo unos cuantos peldaños, tropezaréis de manos a boca con una celdita, y en ella, muy bien custodiado, con un libro admirable, pasmoso, el más profundo que se ha escrito acerca de la ciencia más noble, oscura y transcendente: la ciencia del amor de Dios; la Teología Mística; «Las Moradas», en una palabra.

Ese libro sin rival es la ciencia de las almas, donde Santa Teresa derramó todo lo mejor de su ser; donde Santa Teresa, entendámoslo bien, porque es el timbre de gloria más alto de nuestra herosna, sin perder su vigorosa personalidad, sin caer en el panteísmo indostánico, ni en las blandas y enervadoras delicias del Nirvana, sin dejar de ser la mujer más mujer de España, sin apartarse un ápice de las realidades de la vida íntima, familiar y casera, sin perder ningún matiz de ese incomparable realismo místico que hace a Teresa ídolo y encanto de creyentes y descreídos, se internó con paso resuelto en el *Sancta Sanctorum* de la Divinidad, arrancó del pecho de Dios los secretos más inefables que guardaba, se hundió en aquel océano de luz increada, bebió a raudales aquel vino añejo que sólo se adoba en las bodegas del cielo, de aquel vino que un día embriagó al Apóstol

de las Gentes, y lo trāsvasó en esas «Moradas» grandiosas, que parecen edificadas por los cíclopes de la ciencia y de la santidad. Sí, en «Las Moradas» está el corazón de Teresa. En ellas escanció ese licor de subido y exquisito dulzor, en cuya comparación sabe a hieles amargas la propia ambrosía de los dioses olímpicos. Por «Las Moradas» sabemos lo que este incomparable corazón sufrió y gozó. «Las Moradas» son el corazón de la Santa dotado ya de inmortalidad, y «Las Moradas», el mejor tesoro teresiano, por exquisita deferencia de su autora, las guarda Sevilla entre planchas de oro y plata; y no las custodia en lugar más digno, porque un fenómeno patológico de fisiología impide encerrarlas entre los pliegues de carne y sangre de los corazones sevillanos. ¿Quién podrá dudar ya del amor a Sevilla de la insigne escritora castellana?

Sin embargo, este acto de última voluntad que tuvo Santa Teresa con los sevillanos, al hacerlos depositarios de su mejor obra, donde, como en ánfora de oro, se guarda el mejor vino místico que es dado gustar a los humanos, no es el único, ni mucho menos, que nos queda de la Virgen de Avila, revelador del gran cariño que les profesó. Es que hollar con su pie descalzo esta hermosa tierra y quedar prendada de ella, fué obra del momento. Un hecho, rigurosamente histórico, basta para demostrarlo.

Por una equivocación feliz, que la Santa cuenta con mucho donaire, vino a fundar en 1575 a la villa de Beas de Segura, en la provincia de Jaén. Allí la visitó el Padre Gracián, que fué sin duda la persona a quien Santa Teresa más amó en la tierra. Y como el P. Gracián acababa de estar en Sevilla y salía enamorado de la ciudad y del trato de su gente (el Padre era tan elocuente orador, que dice Santa Teresa en una carta, que hasta las viejas de Sevilla estaban entusiasmadas con él), ordenó a la Madre Fundadora, que de la villa giennense se trasladase a la ciudad de San Isidoro. La Santa obedeció y se puso en marcha con sus compañeras de viaje, que eran seis monjitas, un sacerdote, un religioso y un caballero de Castilla. No es decible lo que Santa Teresa gozó en este viaje de Beas a Sevilla, pasando por Córdoba y Ecija. No hay memoria de otro ninguno en que tanto disfrutase.

Corría el 18 de Mayo de 1575 y antes de rayar el alba ya estaba caminando la piadosa caravana con dirección a Córdoba. El frescor de la madrugada hacía más ágiles a los ganados que arrastraban los carros pesados en que hacía los viajes la Santa. El sol rebrillaba en las crestas de los altos cerros de Ubeda y se destejía en hebras de oro, inundando de luz valles y cañadas, que el Guadalquivir y otros rios refrescan y dan feracidad de Paraíso. La atmósfera se iba calentando por momentos; vientos mansos

y perfumados de esencias de flores campesinas y de vastos tomillares aliviaban algún tanto a los fatigados caminantes. Recalentado el ambiente, hubieron de refugiarse en una tupida floresta, no lejos de Santisteban (dentro todavía de la provincia de Jaén y del moderno partido judicial de Villacarrillo) donde una fresca, abundante y juguetona fuente mantenía en lozanía idílica un lindísimo oasis, lleno de árboles y de bosqueje. Miles de pintados pajarillos desgranaban sus gargantas en himnos al Criador. Flores amarillas, de púrpura y blancas, a modo de primorosos mosaicos policromados, bordeaban el pequeño álveo que la linfa cristalina se iba abriendo. Allí debían descansar los piadosos peregrinos, para comer y pasar el resistero del sol antes de reanudar el viaje.

Las personas que acompañaban a la Santa habían notado desde que salió de Beas algo raro y extraño en ella. Contra costumbre, no hablaba ni entretenía con su amenísima conversación las pesadas horas de viaje; más bien iba callada, silenciosa, ensimismada. Ninguno osaba preguntarle la causa de aquella mudanza, tan insólita y peregrina. Llegan a la floresta de la fuentecilla retozona y bullidora que acabamos de describir, y la Madre, separándose de la comitiva, se esconde entre el follaje. ¿Qué le ocurría? No es de difícil adivinación. Santa Teresa no

había corrido hasta entonces más que las áridas llanuras de Castilla y la Mancha, y al encontrarse en pleno mes de mayo en medio de una naturaleza tan rica, de floración tan exuberante, envuelta en una atmósfera cálida, con cielo de zafir sobre su cabeza, con las imponentes montañas de Sierra Morena, como enrolladas en gasa azul, cortando las lejanías del horizonte, con mullido tapiz de flores a sus pies, con un sinnúmero de canoras avecillas, que describen rápidos círculos concéntricos en torno de su cabeza y con el dulce murmurio del regato cristalino, su espíritu delicado no pudo resistir tanta hermosura y desfalleció de amor y se retiró de la comunicación de las criaturas para entregarse sin medida a los goces místicos de su Amado. Santa Teresa era muy sensible a las bellezas naturales, como lo han sido todos los grandes místicos, porque en la naturaleza se espeja la hermosura de Dios, y le sienten en ella, y por ella conciben idea altísima de sus atributos y de sus perfecciones, según lo cantó en esta estrofa de fuego San Juan de la Cruz:

«Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura
Y yéndolos mirando
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.»

Santa Teresa se vió gratamente sorprendida, asom-

brada, por una riqueza de vegetación lujuriente que no había podido adivinar siquiera y su alma se entregó a los transportes del éxtasis en aquella soledad de égloga a lo divino. Ciertamente, por allí había pasado Dios derramando a manos llenas bellezas incomparables, encantos de naturaleza no igualados, y Santa Teresa se embriagó, por decirlo así, de la divinidad que centelleaba en aquellos soberbios paisajes. Indudablemente, la naturaleza andaluza, robó el corazón de Teresa, triunfó de Teresa y la sumió en tan sublimes arrobos, que sólo, allá, en la otra patria, cuando la hermosura de Dios se vea sin velámenes de ningún género, podrán ser superados.

Esto no es forzamiento hiperbólico de frase y de poesía; soy enemigo de las hinchazones y epinicios retóricos y partidario de la depuración textual e histórica de todo cuanto tiene relación con la gran hidalga de Avila, y por nada diría una exageración, ni una afirmación que no tuviese sólida base histórica. La tiene y muy firme cuanto he escrito sobre el amor de la Santa a Andalucía. Una de las compañeras de la Madre, que fué también una de las que con más soltura y gallardía manejó la lengua castellana y a quien por ello llamaba la Santa «mi letrera», nos dejó escritos en párrafos bellísimos este viaje de la Reformadora del Carmelo. De ella son las palabras que aquí me permito transcribir: «Aquel primer día (habla del

día 18 de Mayo, que salieron de Beas) llegamos a la vista de una hermosa floresta, de donde apenas podíamos sacar a nuestra Madre, porque con la diversidad de flores y canto de mil pajarillos, toda se deshacía en alabanzas de Dios.»

Nada diré, por no alargarme demasiado, de los lances, ya cómicos y divertidos, ya serios y casi trágicos, que les ocurrieron en posadas y mesones, con el obligado acompañamiento de bailes, zambras y toda clase de juergas que solía tener la gente moza. Sin embargo, estas distracciones exteriores apenas podían sacar a la Santa de su dulce arrobamiento. El idilio divino continuaba a través de los cerrados bosques de Sierra Morena y de las feraces llanuras cordobesas. En Ecija, en las afueras de la ciudad, en la ermita de Santa Ana, cuyos cimientos lame tranquilo el Genil, con achaque de que estaba enferma (y lo estaba ciertamente de amores), se encerró en la sacristía todo el tiempo que allí estuvieron sus compañeras durante las horas que el sol se muestra más bravo e importuno, para gozar a sus solas de aquel Dios que tan delicadamente la había herido en el centro de su alma y la había abismado en suavísimas e inefables delicias. Allí recibió plena confirmación y refrendo divino en sus deseos de dirigirse por el P. Gracián, el más amante de Sevilla que ha tenido la Reforma de Santa Teresa, con

haberlos tenido en tan grande número. En esta disposición de asombro, de admiración, de gratitud y de amor por esta tierra, incomparable para las sublimes ascensiones místicas, entró Santa Teresa por las puertas de la ciudad de San Fernando el 26 de Mayo de 1575, después de nueve días de viaje, el más dulce y favorecido del cielo que realizó en su vida de fundadora.

Ya en la ciudad, le ocurrieron mil percances, propios de toda fundación, cuando hay poquísimas *blancas* para levantarla.

Podíase tejer una biografía anecdótica, donde, como en precioso sartal de perlas, se engarzasen los hechos más culminantes que le acaecieron en Sevilla. En los comienzos de su permanencia entre vosotros, la gran ciudad, tan rica y abastada de todo, no se dió cuenta de la presencia y estrecheces de la M. Teresa, hasta el extremo que, como la Santa dice con mucha gracia, no parecía en este tiempo que había de haber agua para las pobres Descalzas, aunque hay harto en aquel río (*Fundaciones*, capítulo xxv). El mismo P. Mariano exageró no poco las comodidades de la casa que había alquilado y preparado para las Descalzas. Todo estaba, según él, dispuesto para recibir las: la casa saltando de limpia, como gustaba a la Madre; las oficinas con sartenes, platos, jarras, pucheros, cacerolas y demás enseres necesarios a la vida

de la Comunidad; la despensa con suficiente repuesto para satisfacer las primeras necesidades de las religiosas. Pero al Padre carmelita le engañaron el amor y los deseos que tenía de ver en Sevilla a la Santa y a sus hijas, ya que la realidad reposteril estuvo muy por bajo de las promesas del buen fraile. La ya nombrada María de S. José nos dice a este propósito: «Contemos por menudo los ajuares que aquí hallamos. Lo primero fué media docena de cañizos viejos que el P. Mariano había mandado traer de su casa de los Remedios y estaban puestos en el suelo por camas; había dos o tres colchoncillos no muy cabales, como de frailes descalzos... Estos eran para Nuestra Madre y alguna flaca; no había sábana, mantá ni almohada, más que dos que nosotros traíamos; hallamos una estera de palma y una mesa pequeña, una sartén, un candil o dos, un almirez y un caldero o acetre para sacar agua, y pareciéndonos que esto, con algunos jarros y platos y cosas así que hallamos, por lo menos ya era principio de casa, comenzaron los vecinos, a quien se había pedido prestado para aquel día, a enviar uno por la sartén, otro por el candil, otro por el caldero y mesa, de suerte que ninguna cosa nos quedó, ni sartén, ni almirez, ni aún la sogá del pozo. Y no es, hermanas, encarcimiento, sino que fué así como algunas de las que allí estabais lo visteis.»

No faltaron disgustos a la Madre en Sevilla. Los de peor digestión fueron los que a ella y a la Comunidad dió una joven muy simple y muy neurasténica, que después de vestido el hábito de la Descalcez hubieron de quitársele las monjas más que a escape, y ella, la muy taimada, se vengó denunciándolas a la Inquisición.

Avila y Sevilla, al decir de la propia Santa, fueron las fundaciones más laboriosas de cuantas realizó, y por eso las quiso más; porque en la ascética teresiana los trabajos son regalos, y fundación amasada con ellos, fundación en que Dios había de servirse mucho. Parodiando aquellas palabras de Cervantes en que dice: «que las heridas que el soldado muestra en el rostro y el pecho, estrellas son que gufan a los demás al cielo de la honra», podemos añadir, que estos trabajos son estrellas que gufan a los siervos de Dios al cielo de la santidad.

Nada supusieron los trabajos de la Santa en Sevilla en cambio de las grandes satisfacciones que tuvo. Por todas partes le salieron amigos a la Madre, como aquel santo varón D. Fernando de Pantoja, prior de la soberbia Cartuja de Santa María de las Cuevas, en el barrio de Triana, que con su inagotable caridad sacó de grandes apuros a la Santa y a sus monjas: el modesto sacerdote Garcíálvarez, Pablo Matías, Leonor de Valera, D.^a Juana

Gómez de Chaves y tantas otras personas que gozaban de excelente posición social.

Hubo también en las Descalzas escenas muy tiernas de familia. A los dos meses de llegar la Santa a Sevilla, recibió la visita de sus hermanos Pedro de Ahumada y Lorenzo de Cepeda y de sus sobrinitos, hijos de éste, Francisco, Lorenzo y Teresita. Poco después llegaron de Alba su hermana D.^a Juana y su cuñado Juan de Ovalle, de suerte que la Santa tuvo en torno suyo a casi toda su familia, para celebrar el feliz regreso de Indias de los mencionados hermanos y sobrinos. No son para dichos los buenos ratos que la Reformadora pasó con Teresita, niña muy bonita, como la llama la propia Santa, de vivo ingenio y mucho despejo, que tenía a la sazón nueve años. Al mes y medio de llegar a Sevilla, ya la había catequizado su Santa tía para monjita, pues de la vestición del hábito de la niña daba cuenta Santa Teresa al P. Gracián, con fecha 27 de Septiembre de 1575, en la siguiente forma: «Ya ella está acá con su hábito, que parece duende de casa y su padre que no cabe de placer y todas gustan mucho de ella, y tiene una condicioncita como un ángel y sabe entretener bien en las recreaciones contando de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara». Así, Sevilla tiene la gloria de haber recibido en la Descalcez teresiana a la primera americana que vistió el hábito reformado.

Con esta placidez de vida familiar y sencilla se le iban pasando a la ilustre Reformadora los meses en la populosa metrópoli, hasta que asuntos urgentes reclamaron su presencia en Castilla. Un año y nueve días permaneció la Santa en Sevilla: desde el 26 de Mayo de 1575 hasta el 4 de Junio del siguiente. Durante este tiempo, Santa Teresa no dió paz a la pluma ni a su portentosa actividad. Arregló asuntos difíciles de su incipiente Reforma, buscó casa muy suficiente a sus Descalzas y las dejó muy aliviadas de deudas antes de partir. Salvo Avila, en ninguna parte recibió la Santa tantas mercedes de Dios como en Sevilla, muchas de las cuales nos dejó escritas. En Sevilla escribió también dos Relaciones hermosísimas del estado de su alma, dirigidas al P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, y una de ellas sobre todo, pudiéramos calificarla de catecismo de la vida sobrenatural, porque en ella, con precisión y concisión lapidaria, define los diversos estados porque pasa el alma hasta llegar al místico monte de la perfección evangélica.

La estancia en Sevilla fué también muy provechosa a la Santa, para adquirir aquella viveza y color definitivos de estilo que habían de culminar en «Las Moradas», como sirvieron a Cervantes sus correrías por Andalucía y sus largas permanencias en Sevilla para darnos el Quijote. Porque, no sé si la obra principal, pero lo que es el

primoroso esmalte de estas dos asombrosas creaciones del genio español, las más celebradas en todos los pueblos cultos y por las cuales España se puede sentar con orgullo a la mesa de los *Dii majores* de la Ciencia y de la Literatura, procede indudablemente de los talleres sevillanos. Y así, el genio incomparable de esta tierra nos ha dado, en un loco sublime, el ideal de lo que el hombre debe ser mirando a la tierra; y en una mujer, tocada también de la sublime locura de la Cruz, el ideal de lo que el hombre debe ser mirando al cielo. Sería interesante un estudio bien hecho de la influencia del genio andaluz, así en el fondo como en la forma de estos dos libros únicos.

En la mañana del 4 de Junio de 1576 salía Santa Teresa de Sevilla con dirección a Toledo. A pesar de llevar en su compañía a su hermano D. Lorenzo y a Teresita, la Santa partió muy triste, y tristecilla iba también la pobre niña, que había cobrado a Sevilla cariño entrañable. Las cartas que a raíz de su partida escribió la Santa a Sevilla, son modelo acabado de sentimiento y gratitud, y sin disputa de las mejores de su rico epistolario. Al leerlas, nos figuramos a la Santa volver la cabeza, húmedos los ojos, contristado el corazón, y dirigir una mirada cariñosa, llena de sublime tristura, a la gran ciudad, escenario reciente de tantos episodios memorables. Allí quedaba de priora Marfa de San José, que compartió con el P. Gra-

cián las preferencias de los amores teresianos; allí su dulce enfermera Leonor de San Gabriel, «la mi Gabriela», que llamaba familiarmente la Santa, menudita ella, pero fina y caritativa, un angelito de Dios, que por ser pequeña de estatura y muy candorosa e inocente de trato, inspiró a la Madre Reformadora muchas frases ingeniosas y dichos llenos de donaire; allí, en fin, quedaban numerosos amigos, sin exceptuar al digno sucesor de San Leandro, D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, tío del famoso Duque de Lerma, árbitro de España en tiempo del tercer Felipe, los cuales todos compartieron con ella sus trabajos y sus alegrías.

Concluyamos afirmando que Andalucía y Sevilla, por su cielo de transparencias infinitas, por su tierra feraz y de espléndida vegetación, por la condición alegre, idealista y religiosa de sus habitantes y por otras muchas causas, ganaron el corazón de la gran Santa de la Raza; y que si se ha podido decir de esta región, bendecida por la Providencia con tan larga mano, que es la tierra de María Santísima, podemos decir también que es la tierra de Teresa de Jesús, y Sevilla su trono de marfil, desde donde, como reina, la manda y señorea.

Fr. Silverio de Santa Teresa de Jesús.

Burgos y mayo de 1922.

En el Tercer Centenario de Santa Teresa

POR

D. Fernando Araujo Gómez



SR. D. FERNANDO ARAUJO Y GÓMEZ
PREMIO DEL SR. CORONEL DEL CUERPO DE INTENDENCIA
DE SEVILLA

LEMA: «*Nada te turbe, nada te espante*».

En el Tercer Centenario de Santa Teresa

ODA

¡Sonó, por fin de la revancha el día!
Atruenen el espacio, vibradores,
del frío septentrión al Mediodía
alegres coros, la inmortal victoria
de la mujer cantando,
y suban hasta el cielo los vapores
del incienso que hoy arde por su gloria,
en gracioso espiral serpenteando.

¡Ah! Mirad hacia atrás: ved en Oriente
en servidumbre vergonzosa hundida
la mísera mujer; vedla paciente,
torpe instrumento de placer, sumida
de vil prostitución en el abismo,

sus encantos vender al extranjero
por precio infame, con que el medro logran
su mismo hermano y aun su padre mismo;
vedla al lado de hermoso pebetero
en los lascivos templos babilonios
o en las playas chiprinas y fenicias
y en Armenia y en Siria y en Cartago,
y en las ciudades pérsicas y egipcias
(que a todas partes se extendió el estrago)
mancillando su cándida pureza
sin protestar de la exigencia odiosa,
sacrificar la flor de su belleza
de la lujuria a la insaciable diosa.
¡Pobre mujer! la ley que te agobiaba,
formada por tu padre y por tu hermano,
a perenne abyección te condenaba
cual despojo del hombre, tu tirano;
y, preparando el cruento sacrificio,
te enseñaba a mirar ¡infamia horrible!
la virtud del pudor cual negro vicio.

Y así pasan centurias tras centurias
sin salir de aquel fango:
y surge Grecia y se levanta Roma,
y Grecia y Roma injurias tras injurias
lanzan a la mujer, del alto rango

de persona al de cosa rebajada.
Tan sólo cuando asoma
la evangélica luz por el Oriente,
y se proclama el fin de los tiranos
a la voz de Jesús grandilocuente
«¡todos somos hermanos!»
cuando se abren los cielos, de fulgores
hinchidos, y de flores y alegría,
y, circundada de ángeles, los hiende
la Madre de los púdicos amores
la Pura, la Castífsima María,
sólo entonces sonó la ansiada hora
en que la esclava se trocó en señora.

¿Oís? ¿Oís? Hasta nosotros llegan
de himnos mil los acordes armoniosos,
y en inefable gozo el alma anegan.
¿Por ventura al oírlos victoriosos,
con sus ecos juntando vuestro acento,
pensáis que el mundo alborozado canta
de una mujer tan sólo las virtudes?...
¡Mezquino pensamiento,
siquiera esa mujer sea una santa!...
¡No! Mirad más arriba:
a la mujer, de agravios seculares,
que de su historia forman el calvario,

perdón pide hoy el hombre,
en este inolvidable centenario
rehabilitando su bendito nombre.

No miréis en la mística Teresa
tan sólo a la incansable Fundadora,
a la que muere de pecado ilesa,
a la ilustre escritora,
a la Reformadora del Carmelo,
a la que, al lado de Jesús divino,
radiante de placer vive en el cielo.
Grande es así; pero hoy se nos presenta
más grande aún, a recoger gozosa
nuestro ardiente loor; hoy representa
el saber, los trabajos, las virtudes
de la mujer sufrida y victoriosa.

Y en ella celebramos los humanos
el fervor de los mártires; la ciencia
de las Galindos, Buccas y Medranos;
de la gran Berenguela la prudencia;
de las Judith, las Arcos y las Pitas,
las Juárez y las Blázquez y Pachecos,
Déboras, Aragón y Margaritas
el heroico valor; de las Susanas,
Virginias y Lucrecias la pureza;
el candor de las vírgenes cristianas;

de Isabel la magnánima entereza;
la caridad de la inmortal Fabiola;
el saber de la Molza y la Nebrija;
la piedad ejemplar con que se inmola
de Edipo al bienestar su amante hija;
de Labilla la honesta fortaleza;
el galano decir de Sor Juana;
de Esther la abnegación y la nobleza;
la virtud sobrehumana
y eximia santidad de Catalina,
Bárbara, Inés, Eulalia, Isabel, Rosa,
Agüeda y Florentina...
De la mujer, en fin, de todos tiempos
la suma de los méritos grandiosa.

¿Y en quién mejor que en la sin par TERESA
honrar pudiera a la mujer el mundo?
Gloriosa santidad, saber profundo,
abnegación, constancia,
castidad, caridad, piedad, prudencia,
fortaleza, humildad, perseverancia,
discreción, sobriedad, candor, paciencia...
Todo en ella se junta, fiel compendio
de todas las virtudes... ¡Gloria, gloria
a su santa memoria!
¡Cese de la mujer el vilipendio!

¡No en injuriarla ya se goce el labio!
¡Gloria a TERESA! En himnos repetido,
y en oraciones mil, su santo nombre
resuena cual solemne desagravio
que a la humilde mujer, arrepentido,
con cariñoso anhelo ofrece el hombre.

Fernando Araujo Gómez.

A SANTA TERESA

POR EL

EXCMO. SR. D. JOSÉ M.º DE ORTEGA MOREJON



EXCMO. SR. D. JOSÉ M.º DE ORTEGA MOREJÓN
Magistrado del Tribunal Supremo
PREMIO DE LA EXCMA SRA. CONDESA DE LEBRIJA
Vicepresidenta de la Junta de Señoras

LEMA: «*Sursum corda!*»

A Santa Teresa

¡España, Patria mía!
Tú, que con voz serena
himnos de paz entonas
cuando aún, rugiendo con furor, resuena
disfrazando sus bárbaros rencores,
el odio, forjador de una cadena
que sólo romperán nuevos horrores;
tú, que hiciste del cielo
pabellón de tu solio, y de los mares,
enronquecidos de cantar tu gloria,
espejo vivo donde el sol temblaba,
siervo de tu pendón que compendia
la Historia de los orbes en tu Historia,
tú llamas hoy con maternal acento

a cuantos pueblan tu solar hidalgo
para que den al viento
excelsas armonías
que enaltezcan, no al Genio de la Guerra
que con heroica sangre
se goza infame en encharcar la tierra,
sino al Genio sublime
que, en poderoso vuelo,
de infamias y cadenas nos redime
al remontarse al Cielo...!
¡Teresa de Jesús! alma gigante
que, al llamamiento del Divino Esposo,
no vaciló un instante
en rendirle su amor y su reposo,
y con bravos esfuerzos varoniles
y femeninas, dulces oraciones,
los eriales convirtió en pensiles,
reanimó la virtud adormecida,
venció imposibles y enfrenó pasiones,
y, en la mitad del corazón herida,
rompiendo de la vida las prisiones
hizo a Cristo la vida de su vida!

¡Teresa de Jesús! la castellana
que desde el claustro de olvidado templo,

su nombre alzó sobre la stirpe humana,
y dando de tesón heróico ejemplo
hizo arraigar doquiera la semilla
de la verdad cristiana,
¡esa Verdad que en sus escritos brilla
con la grandeza, austera y soberana,
del sacrosanto idioma de Castilla!

¡Oh, angelical mujer, reformadora
del célico Instituto del Carmelo!
¡Oh, mística escritora
que tu pluma empapaste en luz del cielo!
¡Oh, ingeniosa doncella, enamorada
de Aquel a quien rendías
el alma satisfecha o desgarrada,
y que morías porque no morías,
¿quién como tú? Tu nombre bendecido,
triunfador de la muerte y del olvido,
siglos y siglos venturoso enlaza
con el laurel eterno que has ceñido
para orgullo perpétuo de tu raza!
¿Quién como tú...?

— ¡Oh! Acaso
otra santa mujer contigo impera:
la que llevando a Cristo en su bandera

desgarró las tinieblas del Ocaso
que ocultaban de un mundo la ribera!
La que heroica también, y enamorada
del Divino Ideal, huyó el reposo,
igual que tú; la que luchó esforzada
en su propio solar y en el de infleles,
y la que al ver la cruz sobre Granada
llevó hasta un mundo nuevo sus laureles,
pues sin su fe divina,
arraigada del alma en lo profundo,
¡aunque expirase Cristo en Palestina
Cristo no hubiese redimido un mundo!
Y no bastó a su aliento
tanto poder ni tan constante hazaña,
pues inspirada en patrio sentimiento,
como Teresa, nos dejó en España
otro libro inmortal: ¡su *Testamento!*
¡Teresa de Jesús, que en los altares
el culto santo de la fe recibes;
¡Isabel de Castilla, que en los lares
de tu Patria inmortal eterna vives;
¡mirad, mirad! España no os olvida;
¡aun ama las excelsas tradiciones
orgullo de su vida...!
¡Hijos de España! ¡alzad los corazones!

puede la Madre aparecer dormida
mas si a escuchar acierta
el eco ténue de la voz querida...,
por el más leve impulso sacudida
con indomables ímpetus despierta!

¡Y vosotras, mujeres ideales,
gloria y encanto de la vida humana;
ángeles del hogar, nobles matronas
de patriarcal raigambre castellana;
las que ceñís heráldicas coronas,
pregón de premio merecido y justo,
y las que en perlas que arrancó el trabajo
igual premio ceñís, también augusto;
las de blancas mejillas, labios rojos,
aire gentil, suprema gallardía,
que encerráis en el sol de vuestros ojos
la obscura noche y el fulgor del día,
¡llamad a los helados corazones
de quien de Dios y del deber deserie;
luchad con entusiasmo
porque España despierte
de su letal marasmo;
y cuando, sobre bosques de laureles,
la Cruz de Cristo y la española enseña

nos hablen de Teresas e Isabeles,
podrá decir al orbe vuestro celo
conquistador del porvenir fecundo:
¡Teresa, con España, ensanchó el Cielo!...
¡con España, Isabel, ensanchó el mundo!

José M.^a de Ortega Morejón.

LA VIRGEN DE AVILA

POR

D. ALBERTO CAMBA



SR. D. ALBERTO CAMBA
Capitán de Intendencia

PREMIO DE LA JUNTA DE SEÑORAS

LEMA: «*Marisol.*»

La Virgen de Avila

Se ha estimado siempre la misión de los poetas como cosa insustancial y frívola. Los hombres prácticos, los que suelen medir la importancia de las cosas por su valor metálico, desdeñan el mérito de las inspiraciones líricas por ser valores que no pueden reducirse fácilmente a pesetas. Impenetrables estos hombres a los goces espirituales, no sienten la emoción de la poesía ni comprenden tampoco su eficacia moral, porque desorientados en la turbiedad de su percepción sensualista, creen que el arte de rimar la belleza es esparcimiento de gentes sin fuste, fruslerías de espíritus ociosos que despilfarran vanamente el tiempo y el trabajo, más bien que labor digna de ser ejercida por varones graves y sesudos. La poesía no es ni con remoto asomo lo que arbitrariamente suponen estos críticos. La poesía es un arte prócer re-

servado por Dios a los predilectos para que con el optimismo alentador que contienen sus armonías y fragancias se eleven las almas a excelsitudes infinitas. La poesía alivia el dolor paliándolo con resignaciones piadosas y dignifica el amor exaltándolo a la majestad de sacrificio. La magia de la inspiración poética lleva a los corazones abatidos de los que luchan y sufren, nuevos ímpetus, esperanzas consoladoras, afanes de vivir, ambición, plenitud de razón y de fuerza.

Todos los progresos humanos han sido señalados primeramente por los poetas. El poeta recibe la inspiración del cielo como un anticipo de videncia venido directamente de Dios para que los sabios, los analistas y los pensadores lo adapten luego a las necesidades materiales de la vida. Los poetas presienten la verdad como si estuviesen iluminados por resplandores altísimos y la cantan después en sus iniciaciones como pájaros que saludan a la luz en la alborada. Los hombres de ciencia, prudentes y meticulosos en el proceso de sus especulaciones, analizan el ensueño lírico y destilan de él la realidad útil. Los poetas van en la vanguardia del progreso, como las músicas de los ejércitos, caminando delante para infundir ardimiento bélico a la tropa de luchadores que los siguen.

El poeta ejerce una misión generosa. Con las galas de su ingenio y las vehemencias de su fantasía, nos en

seña a apetecer la gloria, al mostrárnosla sublimizada por las prestancias de la rima. Los cantos de los poetas se vierten generosamente sobre las almas como semillas de nobles y fecundos ideales. Cuando los pueblos se sienten oprimidos, la canción del poeta es el alerta que les impulsa a libertarse del yugo y conseguir la redención. Cuando las armas chocan, las estrofas marciales glorifican la victoria. Cuando la juventud rompe en fiebre de amores, la voz del amor canta dentro del pecho el himno triunfal a la vida y el verso es entonces flor de maravilla que prende lumbraradas de pasión y de ternura en los sentidos y en el alma.

Teresa de Jesús es un caso ejemplarísimo de poesía mística. Espíritu selecto e inteligencia delicadamente cultivada, comprendió la vida en un sentido de alta y noble expresión moral. No adquirió olor de santidad la doncella castellana abstrayéndose de lo creado en lenta contemplación extática, viviendo fuera del mundo real en muda adoración ante el sagrario, sino haciendo de su amor, de su virtud, de su talento y de su vida, ofrenda a la mayor gloria y alabanza de Dios.

Teresa de Jesús no huyó del mundo, temerosa de sí misma, para merecer el cielo desde las soledades del cenobio. No es la monja melindrosa y feble que huye espantada de cuanto le rodea y huele a piedra de azufre por

todas partes, como, si poseída de terror supersticioso, padeciese de la manía de persecución satánica. Teresa de Jesús es la monja activa, andariega, mundana, que en vez de huir de las gentes como si fueran enemigas de la salvación de su alma, propaga su fe con recio ardimiento, tratando de conocer el corazón humano con todo su caudal de miserias y grandezas, para aprender a remediar sus errores, a purificar sus imperfecciones, a ahuyentar sus congojas, a aliviar sus dolores y a levantar el corazón al cielo en demanda de un poco de amor divino,

La devoción de esta mujer, todo espíritu y amor, se inspira en hondos y encendidos sentimientos. Dentro de su pecho arde con fulguraciones gloriosas la llama del amor, *la centellica de la fe*, que ella nos refiere en el *Libro de su vida*. En sus arrobos místicos, cuando se realiza lo que San Juan de la Cruz denomina fase unitiva, o sea la conjunción del alma penitente con el Esposo muy amado, la virgen de Avila adora unciosamente a Dios, concibiéndole en toda su soberana grandeza. No lo contempla a través de imaginaciones arbitrarias, rodeado de serafines moffetudos y atléticos que asoman tímidamente sus cabecitas pelicrespas por entre volutas azules de vapor, sino como cumple a la realidad de su omnipotencia, o sea, fuerte, noble, generoso, paternal. Y así como el poeta necesita que la luz hiera su mente para que las

ideas puedan glosarse en las galas del verso, la Santa, poetisa del amor y del dolor, necesita también que el ángel haga sangrar a su corazón para gozar del supremo placer del sacrificio. La Santa y el poeta coinciden en la forma de gozar el amor. La Santa, transverberándose con un dardo de oro. El poeta, transverberándose con un rayo de sol.

En todos los momentos de la vida de esta virgen fuerte y blanca, en cuyos ojos arden dos átomos de sol, se confunden la poetisa y la mística. Abrasada en lumbres de casto amor regala su espíritu con mortificaciones penitenciales. Su santidad, que no es abandono e inercia, sino cultivo muy intenso del espíritu, la lleva al éxtasis para reflejar después sus impresiones en bellas síntesis literarias perfumadas con el exquisito aroma de ternura que se desprende de su alma. Su piedad hace del dolor manantial purísimo de amor. Mientras los espíritus enclenques se abisman fatigosamente en el horror de pensar en la hora de la muerte, como si se tratara de un fin siniestro, la Santa castellana, poseída de recia pujanza espiritual, sublimiza la idea de la muerte cantándola como principio de la vida eterna, como punto de partida para otra vida apacible e inmortal. En prosa sencillísima, resplandeciente de noble emoción, poetisa acerca de su amor con encendida inspiración y por medio de un rapto va su alma

elevándose al cielo hasta esfumarse en Dios. Trasfigurada por obra y gracia de la fe, dialoga consigo mismo Teresa la humana y Teresa la Divina, o sea, la mujer de la tierra y la santa del cielo, embebiéndose dulcemente en el encanto suavísimo de la adoración para exclamar luego con gran contentamiento de su ánima en el *Libro de sus Meditaciones* (pág. 7.) «Pues para entender vos mi pena, qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo, que estáis dentro de mi?»

El fervor remonta su alma a alturas infinitas para hacerla vivir en Dios. Dentro de la pobre arcilla de su cuerpo alienta el espíritu generoso del Creador infundiéndole una reciedumbre espiritual tan prodigiosa, que la hace irradiarse fuera de sí en explosiones de místico amor. Fuerte en la posesión de su fe, la propaga por tierras de España sin que sus entusiasmos decaigan, ni su ánimo sufra la menor mengua, a pesar de las contrariedades y persecuciones de que es víctima. La fe que arde en su alma con llamarada perenne, va avivándose a medida que el trato y conocimiento de las gentes le hacen comprender la necesidad de acercarlas a Dios para que conozcan los inagotables tesoros de su bondad, las excelencias de su misericordia y la omnipotencia de su realeza. Por las aldeas miserables y por los caminos polvorientos, aguantando el azote de la nieve en los días crudos del invierno

y resistiendo las implacables lumbres del sol en los ardientes días del estío, va animosa la monja andariega, como una legionaria de la fe, cantando la gloria de Dios con dulcísimas cadencias que se esparcen por las almas como arpegios de pájaros.

En sus andanzas por el mundo pone a prueba de resistencia la fortaleza de su voluntad y se afirma en el convencimiento de que la humanidad ofende a Dios porque le desconoce. Sus trabajos y sufrimientos los da por bien empleados ante la esperanza de poder ofrendarlos en testimonio de amor inquebrantable al mejor servicio de Dios. El tránsito de la vida a la muerte es un breve paréntesis abierto entre dos eternidades, una tregua cortísima de prueba y de expiación para aspirar al premio de vivir dulcemente la vida eterna. Comprendiéndolo así Teresa de Jesús, quiere aprovechar los días de su vida y emplearlos en adorar y honrar al Esposo. Para que las gentes aprendan a gozar los inefables encantos del amor divino, les muestra galanamente el interior de su alma convertida en altar por obra y gracia de una fe honda y serena. Estilista admirable, describe con ática gentileza los estados íntimos de su espíritu, en forma que hace sentir al lector las delicias de la santidad. En el *Libro de su vida* refiere para enseñanza de los que aspiren a gozar de Dios, los diversos periodos de su formación espiritual, expli-

cando con frase ingénua y pintoresca sus temores en el siglo, cuando de novicia escuchó en el locutorio de su convento de Avila la voz de Jesús que le reprochaba su trato con los seglares en los comienzos de su vida monástica.

Hasta este momento crítico de su vida no poseía de Dios más que una idea vaga. Sentíase temerosa de la flaqueza de su vocación ante las perversas seducciones con que el espíritu rebelde tienta a las criaturas para apartarlas de Dios. La lectura de los libros de caballerías, tan en boga en aquella época, a cuya afición era muy dada, siguiendo el ejemplo de su madre, según ella misma menciona en el curso de sus memorias, y la rara decisión para los peligros de que dió gentiles pruebas en la infancia, cuando acompañada de su hermano Rodrigo se marchó de la casa paterna para morir a manos de infieles en sacrificio a su hondo y puro amor, crearon en ella un gallardo espíritu aventurero, cuya noble y varonil vehemencia la determinó a propagar por el mundo las excelencias de la fe en forma más romántica que mediante pasividades contemplativas. Los saludables consejos que en las iniciaciones de su vida de religión recibiera de Sor Juana Suárez, de aquella *discreta y santa monja con cuya buena conversación se holgaba Teresa*, oyéndola contar como *había venido a ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio de que muchos son los llamados*

y pocos los escogidos templaron las vehemencias de su voluntad, sometiéndola a una disciplina suave y confortable que fijó su pensamiento en el deseo de las cosas eternas.

No se recluyó Teresa de Jesús en la vida de religión por que temiera poder ser seducida por las atracciones mundanas. Fuerte en el dominio de su naturaleza, venció sus pasiones y refrenó sus sentidos. Contrastada la firmeza de su vocación con largas experiencias, dióse por entero a la oración, alentada por la esperanza de ser después de la muerte hija predilecta del Señor. Una luz interior llenaba su espíritu de suaves claridades. Las preferencias que Dios la dispensaba al llevarla a su presencia en frecuentes transportes, la hicieron presentir que dentro de su ser tenía amoroso aposento el Señor. Embriagada con el goce castísimo de su amor, llegó a creer en los momentos de exaltación que su alma era sagrario donde alentaba el espíritu de la divinidad. Depositaria de tan alto y sacratísimo poder, trasfundido a su cuerpo y a su alma por ley misteriosa, recorrió España fundando casas de oración, lugares de penitencia donde los afligidos podían refugiarse para ganar la protección del cielo mediante actos de devoción y sacrificio. Poeta en el culto a su amor, supo dignificar el dolor convirtiéndolo en óleo santo para redimirse de toda tentación y de toda

culpa. En sus andanzas por el mundo cantó con tierno y apasionado acento los consuelos que las almas reciben cuando se acercan humildemente a Dios en súplica de misericordia. Con sus tránsitos celestiales era ella misma ejemplo vivo de sus predicaciones. Delicada y artista en la exposición de sus místicos anhelos, hablaba a la razón y a los sentidos de los grandes y generosos alivios que proporciona la fe a las penas y dolores humanos, mostrando con bellos símiles los panoramas de la vida eterna regida por el genio del Creador en paraísos encantadores. Merced a sus propagandas podrían adquirir fortaleza espiritual las almas caídas en desgracia, esas almas vacías de amor que navegan en lastre por el piélago de la vida, sin rumbo definido, como barcos sin gobierno en la inmensidad azul del mar.

En el orden religioso trató Teresa de Jesús de establecer en el mundo una especie de red de etapas espirituales para que las almas desalentadas tuvieran donde aprovisionarse de fe y de energía moral, a semejanza de esas redes de etapas que las Intendencias de los ejércitos modernos establecen en los territorios por donde operan las tropas para que los combatientes puedan en todo momento reponer las energías perdidas en la lucha. El ser humano necesita dos clases de alimentos para subsistir. El alimento corporal, para que

el organismo restaure las fuerzas físicas perdidas diariamente. El alimento espiritual, para que el alma conserve íntegras sus potencias y pueda regir con acierto la totalidad de la vida. Ambos menesteres son igualmente importantes y difíciles. En la armónica conjunción de la vida espiritual y de la vida corporal se resume el destino del hombre. Del cuidado de ambas y de su perfecto equilibrio, depende la felicidad de la criatura. Si en el orden militar el caudillo infunde decisión al soldado con su prudencia y su talento para que dé a la vida un valor ínfimo cuando se lance al combate, la Intendencia, con su previsión y su celo, le da también fortaleza física para soportar las penalidades de la campaña.

El ideal de la Santa castellana es fortalecer con la oración a las criaturas para que en la porfía con el espíritu tentador que acecha emboscado la ocasión de aprovecharse de las flaquezas humanas para arrebatarle almas a Dios, salgan éstas victoriosas. Solícita en sus cuidados, sale al camino y socorre generosa a los espíritus fatigados que buscan alientos para salvarse. Del mismo modo que la Intendencia procura satisfacer las necesidades materiales de los ejércitos combatientes, aunque sea a costa de cruentos sacrificios, Teresa Ahumada, la Virgen de Avila, abnegada y excelsa en su cas-

to amor a Jesús y en la honda compasión que le inspiran los que sufren sin esperanza, se inclina a ellos y con las ternuras exquisitas de su alma les habla de Dios y les enseña a amarlo.

Alberto Camba.

Jerez de la Frontera 20 de Mayo de 1922.

TERCER CENTENARIO

POR LA

Srta. Adela de Medina



SRTA. ADELA DE MEDINA (GITANILLA DEL CARMLO)

PREMIO DEL ILMO. SR. CONDE DE BUSTILLO
Presidente de la Junta de Señores

LEMA: «*Tercer centenario*».

TRÍPTICO

I.

CIENCIA

El sol de celestial sabiduría
besó tu alma con su luz potente
y en claridad divina descendía
cual caricia de amores, por tu frente.

Ese rayo de luz resplandeciente
fué en tí, ciencia, sagrada Teología,
faro divino que alumbró tu mente
con la mística antorcha de poesía.

¡Ciencia bendita del divino Amor
deja a mi Musa en su ideal quimera
que tome de tus rayos el color,
que tiña entre su fuego mi bandera
y en sus pliegues levante yo un dosel
que cobije a la Santa cual joyel!

II.

VALOR

Por campos de Castilla, peregrina,
esa flor de la Raza, la *Andariega*,
la Dama andante de la Fe divina,
que probó su valor en la refriega.

La que a regios alcázares se llega
y por la senda de la cruz camina,
la que siendo Maestra se hizo lega
y a los herejes con su grey domina.

¡Dios te salve, Teresa, la valiente
la que en divinos sueños infantiles
buscó del mártir la dorada palma!

Al evocar tus hechos varoniles
las flores del laurel besan tu alma
y palmas besan tu sagrada frente.

III.

SANTIDAD

Flor que brotaste en el hispano suelo
para ser de virtud nuestro ideal,
al perfumar la Patria con tu vuelo
dejaste en ella un gérmen inmortal.

Semilla santa fecundó el Carmelo;
son tus *Obras* doctrina celestial
y son tus *Palomares* nuevo Cielo,
do revive tu espíritu genial.

¡Ardiente enamorada del Dolor!
¡Esposa predilecta del Amado
que en desposorio místico, su Amor
dejó tu corazón transverberado!
¡¡Relicario [del alma castellana]!
guarda en tu corazón la Raza hispana!!

Adela de Medina.

DE UN LIBRO SOBREHUMANO

POR LA

EXCMA. SRA. D.^a BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

Mantenedora de los Juegos Florales Teresianos

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1950

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

54 EAST LAUREL AVENUE, CHICAGO, ILL.



EXCMA. SRA. D.^a BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ
MANTENEDORA DE LOS JUEGOS FLORALES TERESIANOS

De un libro sobrehumano

SEÑORA:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Debo, ante todo, mi gratitud a S. A. R. la Infanta Doña Luisa, a la ilustre Condesa de Lebrija y a la benemérita Junta de Damas teresianas, que tan sin merecimientos míos, por pura benevolencia suya, me traen otra vez a los brazos de la Madre, de Sevilla, capital del españolismo, sagrario de la fe, alcázar de la luz, solar de la gracia, cumbre del arte, calado ajimez donde fejió su nido de hebras de sol el pájaro celeste de la Santa Poesía. Vine a ella, después de larga ausencia, traída por la indulgente bondad del Ateneo Sevillano, en ocasión tan señalada como la de celebrarse el tercer centenario de la muerte de Cervantes, fecha solemne en la Historia de la

Humanidad, y vine como ahora, a hablaros de uno de los mayores libros de la Raza: os hablé entonces de «El Quijote», Biblia humana de la Edad moderna, libro de los libros profanos, el único que por antonomasia, por supremacía exclusiva, puede ser y es llamado en la Literatura mundial lacónicamente, arrogantemente: EL LIBRO, sin más título ni sobrenombre, el libro sin par ni competencia entre las creaciones del ingenio humano. Libro que para gloria nuestra, fué engendrado y comenzado a escribirse en Sevilla: pero que aunque no hubiera sido engendrado y escrita su primera parte en la Cárcel sevillana, demostrado está con documentos notariales y con documentos estéticos y filológicos, por Pérez Pastor, por Asensio y por Rodríguez Marín, que El Quijote, y no sólo él, toda la magna obra de Cervantes, su novela realista, el mayor monumento literario del Renacimiento, fué producto del consorcio del alma y de la vida del autor con el alma, la vida, el ambiente, la luz y el habla de nuestra tierra andaluza, en los días más grandes de su historia; de esta tierra de la oriunde, de la infancia, de las experiencias, de la plenitud gloriosa del «Manco sano», a la cual Menéndez y Pelayo llamó definitivamente «patria de su espíritu y campo de su experimentación.»

De tal libro, que es uno de los mayores de nuestra Raza, uno de los mayores monumentos de nuestro cas-

ticismo, uno de los dos evangelios de esta lengua nuestra que es alma, ejecutoria y espiritualidad viva de veinte naciones, os hablé en 1916: hoy vengo a hablaros del otro de esos dos insignes monumentos del habla castellana, del otro magno libro de la raza española, del otro evangelio de nuestra lengua; libro más excelso, más fecundo, vividero y sublime que «El Quijote», cuando va de la tierra al cielo, puesto que es un libro sobrehumano: el libro augusto de *Las Moradas* de Teresa de Jesús: un libro en que nuestra lengua se levantó de su cauce terreno hirviendo en amor a Dios y Dios bajó a ella y la llenó de su gracia fecundante y creadora para que en ella se cuajaran las más excelsas concesiones de la mente: «El Quijote», la Mística, el Teatro; para que infusa en ella el alma de España, la católica, la hidalga, se difundiera por dos mundos y creciera aún, como crece, con crecimiento milagroso, extendiéndose por casi todo el haz de la tierra.

Y también este libro sin par tiene con Sevilla una relación, un contacto felicísimo: para gloria nuestra, Sevilla guarda desde los días de la bienaventurada autora, el inestimable autógrafo de *Las Moradas*, que es como guardar el capullo misterioso de aquella crisálida celeste, la envoltura visible de la radiante prosa teresiana, modelada sobre el espíritu de la escritora única, prodigioso

capullo del cual surgió con alas de revelación la más alta poesía mística.

¡El autógrafo de *Las Moradas!* ¡Cómo encarecer dignamente el valor de tal reliquia! En estos tiempos de nivelación, de impersonalismo, en que la máquina suplanta al individuo y borra de toda producción la impronta inconfundible de la mano humana, ahora que la mecanografía va aboliendo la escritura manual, el *manuscripto*, el autógrafo de alta procedencia, adquiere valores y significaciones insospechadas y majestad de monumento histórico.

Un autógrafo es mucho más evocador y sugerente que un retrato, ya que el retrato reproduce la forma corporal estática y muda y el autógrafo retrata al espíritu en su actividad más excelsa, en su actividad creadora: en la ocasión solemne en que la mano y la pluma conductoras del pensamiento, proyectan sobre el papel, el ritmo de un sistema nervioso, el dinamismo de la palabra interior, del verbo humano que, sin que la voz lo articule, surge del alma y estremece la pluma en la mano, al cumplirse el misterio inefable de su encarnación en la palabra. Por eso un autógrafo es lo más inmediato a una personalidad, es el rastro de las alas de un pensamiento, es la gráfica de un espíritu.

Y cuando el autógrafo contiene un texto que traspone

las lindes de las creaciones humanas, y se alza a las cumbres supremas de la revelación, entonces el autógrafa es mucho más que un momento histórico y literario, es una reliquia venerable.

Acaso la autora excelsa significativamente lo donó a Sevilla, porque Sevilla era de hecho la capital de la España de dos mundos, la metrópoli histórica de la raza, el brazo y el corazón de la España descubridora y cristianizadora, ya que de playas andaluzas partieron las naves halladoras del Nuevo Mundo, y andaluzas fueron, en su mayor parte, las masas heroicas de conquistadores, colonizadores, misioneros y poetas que impusieron a América nuestra habla cantante y seseosa, cuya cadencia suave y cuyos maternos provincialismos sellan el habla de toda la América española; y era ley ineludible que de Sevilla partiera y se irradiase sobre aquella otra España, el fecundo influjo del libro que tan renovadora y magna acción iba a ejercer sobre el arte, sobre la vida, sobre todas las actividades del alma nacional, que era entonces y sigue siendo alma de dos mundos.

Y en verdad, señores, que en estos tiempos en que la vida ya no fluye serena, se precipita torrencialmente por derrumbaderos de ambiciones locas y de sensaciones voraces, sin remansos de contemplación, de plegaria, de ensueño, ni de espirituales delectaciones; en lucha

salvaje, y ya sin velos, por el dominio, por el oro, por el deleite, extraño y anacrónico parece solicitar la atención de todo un público hacia un libro *que no es más* que un tratado de oración escrito por una monja sin letras, hace 345 años.

Pero no os alarméis; no se trata de un libro viejo, ni de una prédica regañona: el libro de que voy a hablaros es perpetuamente joven como la luz, como el espíritu, es fresco, activo, deleitoso, como fuente de aguas vivas, contiene el agua generosa de que más sed tienen, confesada o inconfesadamente, los hombres de nuestros días; contiene la sola esencia milagrosa que puede salvar al mundo en sus bárbaras luchas sociales: el Amor de Caridad; trata de la más alta y verdadera de nuestras dos realidades: de la vida interior; tiene por objeto a la que debiera ser reina y señora del mundo, al alma humana, que hoy vive como si Cristo no hubiera nacido; y, por lo tanto, sierva de la carne, y además, esclava y prisionera de las fuerzas físicas, que desatadas en bárbaras proporciones, no calculadas para la resistencia de los sentidos, anulan a quien debiera ser dueño y señor de ellas, ensordecen el oído, hecho para comunicar a la mente el sosegado palpitar de la vida, ciegan los ojos, hechos para transmitir al pensamiento las imágenes y las luces que Dios creó, acordándolas previamente con las

energías del órgano maravilloso al cual las destinaba; mantienen en continuo sobresalto al corazón, bajo la amenaza de mil riesgos y de mil muertes; y proscriben del mundo a la bienaventurada paz y al santo silencio, en cuya quietud crea sus mundos de prodigios la maga fantasma, fiende la oración su cable místico entre la tierra y el cielo, y levanta sus más altos vuelos la mente, y percibe el alma prosternada el poder y la presencia del Hacedor de toda vida. Por eso el libro de que voy a hablaros es de insuperable actualidad: contiene el maná suave y el agua regeneradora de que todos tenemos hambre y sed, después de la bestial orgía de odio y de sangre que acaba de espantar al mundo y de desacreditar la salvaje doctrina de la fuerza. El libro de que voy a hablaros es eternamente nuevo y fecundo, como la vida, como el amor; más que libro, es en realidad, el fondo abismático de un alma que busca a Dios en el misterio de sus moradas interiores, asciende hacia Él por los ásperos caminos de la penitencia y por la escala de oro de la oración, síguele con las tendidas alas del éxtasis, y, al cabo, le halla aposentado en el centro de sí misma, como en otro cielo, ya que la mayor gloria del cielo es el goce infinito del Amor de los amores.

Esa sublime odisea del alma en busca de Dios, ese sobrenatural viaje del espíritu por las honduras de sí

mismo y por lo insondable de los cielos, es el libro sobrehumano de «Las Moradas»: no hay poema que le iguale, no hay ciencia que le supere; es el libro del alma enamorada de Dios, es la ciencia beata del Amor divino que no se aprende con audaces esfuerzos del entendimiento, sino dejándose encender y quemar y consumir en cenizas la carne y arrebatarse el alma en el fuego inextinto del Amor que encendió los astros y los espíritus y enjuvenece con sople resurreccional todo lo creado.

De esta ciencia de amor nada saben los ambiciosos y los soberbios; se da, como se dió Jesús, a los humildes, a los que, por dejarlo todo por Él, fueron ricos con la mayor de las riquezas y sabios con la mayor de las sabidurías.

El libro de que voy a hablaros es «El Castillo interior» o «Las Moradas» (1577), la última, y, así por su contenido como por su forma, la más sublime y perfecta de las obras de Santa Teresa de Jesús.

«Las Moradas» constituyen un libro que señala la cumbre de la historia del espíritu humano, pero del espíritu humano asistido por el Espíritu de Dios, son, pues, un libro sagrado. Y así lo reconoció la misma santa autora, sin sombra de vanidad, como que reconocía que su obra no era suya, sino del Espíritu que se la inspiró, según irrefragablemente lo atestigua, con palabras de la Santa Madre, su confesor el P. Yepes. El cual enumeran-

do los frutos que sacó la Santa de la visión origen de «Las Moradas»—en su carta a Fr. Luis de León—escribe: «...todo el bien que desde aquel punto hacía lo refería a Dios, como autor y movedor principal. Quedó asimismo con tanta libertad y señorío que se holgaba que la alabasen sus escritos...» «Hablando yo una vez con ella acerca del libro que intitula *Camino de perfección*, holgóse mucho que se le alabase; y djome con mucho contento: «Algunos hombres graves me dicen que parece Sagrada Escritura»; que como era doctrina *revelada*, parecía que alabar su libro era alabar a Dios.»

Y en ninguna obra teresiana es tan visible y patente la revelación divina como en «Las Moradas», de las que dice el mismo P. Yepes: «Bien claro se ve en este Tratado la comunicación que tuvo (la Santa) con Nuestro Señor...»; en efecto, ciego del alma será quien no viere en esta obra el resplandor de la luz increada.

La Iglesia por sus Pontífices, declara *doctrina revelada* la doctrina de Teresa de Jesús. Es, pues, el de «Las Moradas» un libro sagrado, un monumento de la Teología mística; una admirable unificación de la doctrina que andaba dispersa en las obras de los Santos Padres—como dijo León XIII—; un asombroso estudio de introspección psicológica, y un nuevo Apocalipsis del Amor.

Y sobre ser un libro sagrado y un libro católico, uni-

versal, son «Las Moradas» para nosotros españoles, para toda la raza hispánica, el evangelio del casticismo, el libro santo de la nacionalidad espiritual que reside en esta lengua imperatoria, común a veinte naciones. Y lo son, no sólo porque en su prosa limpísima recogió Teresa lo mejor y lo más vivo del habla de nuestro primer siglo de oro, sino porque jamás idioma alguno resplandeció con tanto esplendor sobrehumano como el nuestro en aquella prosa en que se aspira la proximidad de Dios; porque la prosa del divino libro está macerada en gracia y encendida en el amor de los amores, y en los labios de quien la lee se mezcla el fuerte sabor de nuestro romance generoso con el místico sabor de las suavidades del cielo, porque las palabras de la santa habían sido antes llamas de amor en su alma, y vuelven a serlo al contacto de la nuestra, y así la lengua en que se escribieron «Las Moradas» nos parece estar hecha una cosa misma con el amor que las inspiró, y con la gracia que las enjuenece. Y en verdad, que la lengua que por labios de Teresa mereció dialogar con Dios quedó desde entonces fecundada para toda obra de belleza y que la beata prosa de «Las Moradas» es para las almas creyentes y para cuantos sientan el prestigio de lo sobrenatural, como la llameante zarza de Oreb dentro de la cual se oyen las mudas hablas de Dios. Por eso son «Las Moradas»

el evangelio de nuestro casticismo, el libro santo de la nacionalidad espiritual que reside en esta lengua que es el alma de una gran raza, el alma cristianizadora y animadora de veinte naciones.

No es posible hablar con frío tecnicismo de un libro escrito con desprecio de la retórica y a mil codos por encima de toda literatura académica, y que por lo mismo, es decir, porque en él es el espíritu el que impone la forma, no aprendida ni imitada, es dechado y milagro de perfección y de belleza estética,

Aplicar a tal libro procedimientos de crítica humana equivale a profanarlo, cerrándose el verdadero camino para llegar, si no a entenderle, a penetrarse de la llama que lo caldea y del esplendor que lo ilumina. Sólo quien libre de todo prejuicio y desasido de sí propio, se deje conducir como por la mano de la Santa desde la *cerca del Castillo* a lo íntimo de las moradas últimas percibirá la emoción suprasensible de un sublime viaje por los hondos senos del alma, y al llegar al término de él, a la cumbre mística de la unión de la Esposa con el Amado, aun sin la videncia sobrenatural de la fe, y sin los vuelos de la fantasía, aun sin ser creyente ni poeta, ni siquiera imaginativo, con sólo tener espíritu de hombre, percibirá luces reveladoras que no se encienden sólo en humano cerebro, y comprenderá que D. Juan Valera—festigo en abso-

luto imparcial—dijese de la Santa; «Su estilo, su lenguaje, a los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente». Pero el milagro no está en el lenguaje, que es el de todos nuestros escritores del siglo XVI, no está en el estilo, Santa Teresa no tiene estilo, su prosa es un elemento claro, flúido como el agua, difuso como la luz, como las músicas del viento y de los mares, su prosa es un espejo puesto delante de su alma; y esto, el mismo Valera lo reconoce cuando dice: «No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera e irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.» Y esto es justamente, la sincera e irresistible aparición de la verdad, de la verdad de nuestro mundo interior y de verdades recibidas por revelación, en una palabra empapada en luces y en gracias de lo alto. Y la aparición de la verdad en la prosa teresiana es *irresistible* porque la dicta e impone la certidumbre gloriosa que la santa tenía del origen divino de aquellas inspiraciones, porque de tal prosa, como de la faz de la Santa cuando la escribía, trasciende el resplandor inocultable de la proximidad anonadadora y fulmínea, o dulce y suavísima de Dios. Y este es el *milagro* perpetuo y *ascendente* de la obra teresiana, milagro de infusa ciencia y de doctrina celestial, lengua de fuego bajada esta vez sobre la frente de un evangelista femenino; y milagro estético

que se operó en el portentoso influjo de la mística teresiana sobre todo nuestro arte nacional (pintura, teatro y novela); y admitido, por innegable, tal milagro estético, admitido el poderoso influjo de la Santa sobre las conciencias de creyentes y de incrédulos, aquel soberano influjo de amor que detuvo en su avance a la Reforma, no habría lógica en no admitir el fallo supremo de la Iglesia que declara obra revelada y doctrina celestial, la obra y la doctrina de Teresa de Jesús, al paso que la crítica proclama a la Doctora de Avila el mayor poeta y el mayor filósofo de la Teología del Amor. Conviniendo el juicio de los teólogos con el sentir de la crítica mundial en que el libro de «Las Moradas» es, no solo la síntesis y corona de nuestra mística insuperable, sino uno de los mayores libros que, después de la Biblia, y por divina inspiración se han producido.

Género de profanación sería intentar la crítica literaria y filosófica de tal libro, cabe sólo exponer *su génesis*, *su historia*, *su plan* admirable y prodigioso—como que es la proyección de una visión beatífica—y *su contenido*, la triple naturaleza de su asombroso contenido, a un tiempo: *poema místico*, o más bien, fuente de inexhausta poesía, insuperable *tratado de observación psicológica*, y *nuevo Apocalipsis de la Teología del Amor*.

SU GÉNESIS.—El origen de la obra es milagroso, de

ello atestiguaron en el proceso de la beatificación de la excelsa autora las monjas de Toledo, Medina y Madrid que vieron a la Santa Madre escribir «Las Moradas» con velocidad increíble, es decir, como arrebatada y llevada del Espíritu, y entre resplandores de gloria. Pero aun sin tan fidedignos testimonios, entre los cuales figura el de una Venerable—la Venerable María de Jesús, en la información de Toledo—basta leer «Las Moradas» para convenirse por frío testimonio del juicio, sin intervención de la fe, ni de la fantasía, de que tal libro no pudo producirse sin el auxilio de lo Alto. Se ve que en él la autora no va solo por donde la guían su entendimiento y su memoria, sino por donde *la llevan* fuerzas superiores a las del humano espíritu; se ve que aquel poder sobrenatural colaboraba con la Santa Madre, se ve que la autora, al paso que escribe, va bebiendo su ciencia en las fuentes de la increada luz, y al paso que enseña, *aprende*, y a la vez que muestra a las almas el áspera subida por las misteriosas vías de la oración, va ascendiendo ella misma, y descubriendo nueva tierra y nuevos cielos; y se perciben y respiran en su prosa el anheloso jadear del alma en la ascensión sublime y las inefables sorpresas, los goces inexpressables de aquel alma al levantarse hacia el foco del Amor; y, al fin, el incendio en caridad y el inocultable júbilo de quien sintiera el sol eterno arder dentro del alma.

Y de que la Santa aprendía al paso que enseñaba, buena prueba es su sorpresa (*Moradas quintas, capt. 1.º*) al entender *por una merced que Dios le hizo*—es decir por revelación—«que estaba Dios en todas las cosas en presencia, potencia y esencia», cosa que hoy saben hasta los niños por el catecismo y que con razón extrañaba La Fuente que ignorase Santa Teresa al fin del siglo XVI, explicándose esta ignorancia por la «rudeza de aquella época y la falta de *Catecismos* a que suplió Pío V con el suyo»; pero esta declaración de la Santa es claro indicio del manantial de donde bebía en divina ciencia, y una de las incontables muestras del alto origen de este libro. El P. Yepes consigna, según testimonio de la misma Santa, que esta revelación precedió de la visión inspiradora de «Las Moradas».

SU HISTORIA.—Escribió Santa Teresa «Las Moradas», su última obra, en el convento de Toledo, donde la tenían confinada las persecuciones de los Carmelitas calzados, y como dice La Fuente; «anciana ya de sesenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada...»; en un breve remanso de quietud que Dios le concedió después del éxodo sublime de sus fundaciones, y antes de los últimos martirios y pruebas de su gloriosa vida. El P. Gracián—en

notas marginales a un ejemplar de la «Vida» de la Santa escrita por el P. Rivera—consignó: «Mandéla escribir este *libro de las Moradas*, diciéndole para más la persuadir, que lo tratase también con el Doctor Velázquez que la confesaba algunas veces, y se lo mandó». Y la Santa comenzaba así su prólogo al gran libro: «Pocas cosas que me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración, lo uno porque no me parece que me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo, lo otro por tener la cabeza, tres meses ha, con un ruido y flaqueza tan grande que aún a los negocios forzosos escribo con pena». Pronta la voluntad pero descaecido el ánimo de «pelear con la enfermedad continua y con ocupaciones de muchas maneras,» sintiéndose sin fuerzas y creyéndose *sin espíritu* para acometer empresa tan alta, sometióse humilde a la obediencia.

«Y así comienzo a cumplirla—escribía en este Prólogo—hoy día de la Santísima Trinidad, año MDLXXVII, en este monasterio de San José del Carmen de Toledo, a donde al presente estoy...» Comenzó, pues, la Santa su magno libro en Toledo a 2 de Junio de 1577, y lo terminó en Avila a 29 de Noviembre («víspera de San Andrés», dice la autora) de aquel mismo año. Del propio texto consta que la redacción del sublime libro en Toledo llegó hasta el Capítulo III de «Las Moradas quintas»; al

comenzar el Capítulo IV, dice a sus monjas, refiriéndose a lo que ha de decirles en la última Morada: «aun plega a Dios se me acuerde, u tenga lugar de escribirlo, porque *han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora*, y como la cabeza no está para tornarlo a leer, todo debe ir desbaratado, y por ventura dicho algunas cosas dos veces.» Dedúcense de aquí dos cosas que importa observar: 1.^a que «Las Moradas» se escribieron como «El Quijote», sin releer lo redactado. 2.^a que la Santa reanudó su obra en Avila *casi a los cinco meses* de haberla comenzado en Toledo, es decir, por Octubre puesto que no eran cumplidos aún los cinco meses que, a contar desde el 2 de Junio, se cumplían el 2 de Noviembre. Una carta de la excelsa autora a Felipe II, fechada en Avila a 13 de Septiembre de aquel año, prueba que en tal fecha se hallaba ya Teresa en aquella ciudad patria suya, donde escribió lo más asombroso y sobrehumano de su libro las dos Moradas últimas, verdadera cumbre mística. (1)

EL PLAN.—Como la génesis del gran libro, su plan es también milagroso, la Santa no trazó ni modeló su

(1) Erróneamente escribió el carmelita descalzo Fr. Tomás de Aquino, copista de «Las Moradas» en 1754 y en 1760, en sus *Notas para facilitar el uso de esta copia* (la de 1760): «En el mismo Capítulo III de «Las Moradas quintas» *interrumpió la Santa sus trabajos por cosa de cinco meses*, como lo dice al principio del Capítulo IV...» (Bib. de Auto-

obra en el entendimiento, *vió su Castillo interior*, con la portentosa videncia de las apariciones sobrenaturales. Así lo comunicó a su confesor el P. Yepes, a quien halló acaso en Arévalo, al revelarle la visión que había tenido cuando la mandaron escribir un tratado de Oración: «Había deseado la Santa — dice el P. Yepes — ver la hermosura de un alma que está en gracia... Estando en este deseo, le mandaron escribir un tratado de oración... Víspera de la Santísima Trinidad, pensando qué motivo tomaría para este tratado, Dios que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este deseo, y dióle motivo para el libro. Mostróle un globo hermosísimo de cristal, a manera de Castillo con siete moradas...» Y así es el plan del libro, como procedido de tan alto origen, y formado en mente tan rica de los dones de Dios. Justamente dice Menéndez y Pelayo: «Todos nuestros grandes místicos son poetas, aun escribiendo en prosa, y lo es más que todos, Santa Teresa en la traza y disposición de su *Castillo interior*...»

EL CONTENIDO. — Imposible sería condensar aquí el triple y portentoso contenido de un libro que es, a la

res Españoles. Escritos de Santa Teresa. Tomo I, pág: 427, ed de 1861), pues la Santa no pudo decir, y no dijo, que la interrupción de su trabajo duraba tanto como el tiempo transcurrido desde que lo empezó: — ¿cuando había de haberlo redactado entonces? — sino «*han pasado cinco meses desde que lo comencé hasta ahora...*»

vez, poema místico, o más bien, raudal de altísima poesía tratado de *observación psicológica y suma de la Teología del Amor*. Considerando el gran libro como dividido en dos zonas: *la ascética y la mística*, baste decir que la obra toda, cuya unidad y armonía interna y progresivo y gradual desarrollo son maravillosos, en su parte ascética gira, como sobre ejes diamantinos, sobre el doble concepto común a todos los místicos, singularmente a los nuestros, *de la alta estimación del alma humana y de la necesidad del conocimiento propio*.

Desde el comienzo mismo de «Las Moradas», encarece Santa Teresa la gran dignidad y hermosura del alma: «...no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso a donde Él (Dios) tiene sus deleites...» «basta decir su Majestad que es cosa hecha a su imagen, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del alma.» En cuanto al *conocimiento propio*, califica la Santa de *gran bestialidad* el que nos ignoremos espiritualmente y «no procuremos saber qué cosa somos», «... y aún, a bulto... sabemos que tenemos almas; más que bienes puede haber en este alma, u quien está dentro en esta alma, u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste, u cerca de este Castillo que son los cuerpos.»

Tal era el propósito ascético de la Santa: demostrar la necesidad y eficacia del conocimiento propio para saber estimar la dignidad y hermosura del alma, y conservar cuidadosamente esta hermosura espiritual que es el estado de gracia.

Pero sobre el propósito ascético, paso a paso, se levantan la llama y el vuelo místico, y el tratado de oración se convierte en visible ascensión del alma de la Santa al cielo.

Las cinco Moradas primeras que se bañan en la región serena de la accésis, son todas ellas prodigioso análisis psicológico, así como las dos últimas que se anegan y abrasan en la región de fuego de la Mística, son la cúspide resplandeciente de la Teología del amor, cumbre más alta que las de Oreb y Sinaí donde Elías y Moisés merecieron hablar con Dios, porque en esta cumbre mística celébrase la unión de la Esposa con el Amado en el celado misterio del centro del alma, allí donde hirió los ojos de Teresa la *espantosa claridad* de «aquel claro diamante muy mayor que todo el mundo», allí donde S. Juan de la Cruz sentía la *respiración de Dios*.

En el camino de tal cumbre, en las cinco Moradas primeras, están las admirables lecciones y experiencias de observación interior, síntesis de la psicología tere- siana derramada en su obra toda, La Santa que siendo a

la vez, fundadora y mística, *Marta y María*, tuvo cerebro de estadista y corazón de serafín enamorado, que aprendió psicología en el gran libro de la vida, en comunicación constante con gentes de la condición más varia, y exploró, entre espantos y revelaciones, las ignotas profundidades del alma y surcó lo infinito de los cielos sobre las abiertas alas del éxtasis, trazó en sus «Moradas» la cosmografía del mundo interior y la subida del alma a Dios por la escala mística de la oración.

Hasta las «Moradas sextas», último peldaño para alcanzar la cumbre mística, persiste el ahincado empeño del *conocimiento propio*, la penetrante introspección psicológica de la Santa, cada vez más delicada, sutil y clarividente, como quien al acercarse a la unión con el Amado quiere—según dice en el último capítulo de las «Moradas sextas»—«purificar esta alma para que entre en la séptima Morada (como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio...»); pero desde las «Moradas cuartas», donde ya penetra el esplendor de lo sobrenatural (al comenzar estas «Moradas cuartas» pide la autora al Espíritu Santo que en adelante hable por ella porque lo que ha de decir «*comienzan a ser cosas sobrenaturales*») desde estas «Moradas cuartas»—repito—con clarividencia pasmosa extrema la Doctora mística la exploración del alma para vaciarla del mundo y hacerla

digna de que el Señor la llene de sí; y al paso que explora y descubre las tierras interiores del espíritu; subiendo, ella misma por los caminos del cielo, ganando pasos de gloria hacia la cumbre inaccesible, muéstranos sus raudas sorpresas inefables, sus goces sobrehumanos, ardiendo en Caridad, ansiosa de compartir con las criaturas «aquel goce tan excesivo— dice—que el alma no sabe gozarle sola»,—¡cómo que era la proximidad y participación de Dios!—y entre asombrada y extática, alza de súbito la punta del velo que oculta el formidable y celeste *más allá* y nos deja entrever lampos de bienaventuranza y raudos, fulmineos destellos del Sol de Justicia.

Son, pues, las «Moradas cuartas y quintas», el tránsito de lo ascético a lo místico, de la introspección al raptó y vuelo del espíritu; y las «Moradas sextas» son ya el dintel de lo sobrehumano; el «purgatorio místico», donde el alma se depura, como en un crisol, para hacerse digna del Amado, y arde en ansias de amor, hasta «morir porque no muere».

Camino de la cumbre, realiza la Santa el más asombroso análisis psicológico; define insuperablemente la diferencia que hay entre los «contentos» y los «gustos» en la oración; entre los contentos que adquirimos con nuestra meditación, que nacen de la misma obra virtuosa que hacemos... pero que son *naturales* porque *comienzan*

en nuestro natural mismo y acaban en Dios, y los gustos que comienzan en Dios, y siéntelos el natural y goza tanto de ellos...; y ya en la linde de lo sobrenatural, y como si presintiera tiempos en que la ciencia llamaría *catalepsia* al éxtasis, e *histeria* a la santidad, traza con acierto sobrehumano la divisoria entre la vida fisiológica y la espiritual; aparta del camino de perfección cuanto era flaqueza morbosa, o antojo de santidad hechiza; pone vehementemente ahinco en distinguir y separar la *imaginación de las potencias del alma*; previene a sus hijas repetidísimamente contra los espejismos y fantasmas de la imaginación, cuyos engaños podrían ser muy nocivos a mujeres u gente sin letras, «porque no sabemos entender la diferencia entre *potencias y imaginación* y otras mil cosas que hay interiores» (Moradas quintas): define con celestial certidumbre la claridad inconfundible del «habla de Dios» que la sorprendía «a deshora» y «viniendo a ella, de lo de la imaginación»— diciendo que «lo uno (el habla de Dios) es como quien oye», y lo de la imaginación, como quien va componiendo lo que él mismo quiere que le digan.» No puede definirse con más nítida claridad la naturaleza erectiva, inventora, de la imaginación, de la percepción involuntaria de las hablas de Dios que por encima de los sentidos y de la voluntad, penetraban en lo celado de su alma. Y ya en las «Moradas séptimas»,

diseña otras más sutiles fronteras interiores, cuando dice: «que cierto se entiende que hay diferencia en alguna manera muy conocida, *del alma al espíritu*, aunque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro... También *me parece que el alma es diferente cosa de las potencias*, y que no es todo una cosa: hay tantas y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento ponerme yo a declararlas...»

Siguiendo la sabia progresión con que llanísimamente expone cosas tan elevadas, así como las «Moradas» anteriores, tienen por objeto el conocimiento propio que la Santa identifica con la humildad, que es consecuencia de nuestra pequeñez y *nada* humana, la puerta y subida a la «Morada última es el alta estimación del alma, pues refiriéndose—aunque en tercera persona—a aquellas excel-sas comunicaciones de Dios, dice la bienaventurada autora: «que mientras más supiéramos que se comunica (Dios) con las criaturas más alabaremos su grandeza y nos *esforzaremos a no tener en poco alma con quien tanto se deleita el Señor*, pues cada una de nosotras la tiene, *sino que como no la preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, así no entendemos los grandes secretos que están en ella.*» Queda en las otras «Moradas» depuesto y pulverizado todo lo terreno, deslinda-

dos los campos entre las flaquezas morbosas y las ficciones de la imaginación y los éxtasis y vuelos del espíritu, y las inconfundibles comunicaciones del alma con el Creador; y desasida el alma de toda carne, *vacia de criatura*, cuando no queda en ella sombra de imperfección ni memoria de mundo, «aparécese el Señor en el centro de esta alma... Es un secreto tan grande y una merced tan subida la que comunica allí Dios al alma en un instante... »que no puede decirse más sino que» queda el alma, digo el espíritu de esta alma hecho una cosa con Dios... «No es el desposorio místico, no es la unión, porque aunque unión es juntarse dos cosas, al fin, se pueden separar, «unión es» como si dos velas de cera se juntasen tan extremo que toda la luz fuere una..., más después bien se pueden apartar la una vela de otra y quedar en dos velas... acá es como si cayendo el agua del cielo en un río o fuente a donde quedase todo hecho agua, que no podrían ya dividir cual es el agua del río o la que cayó del cielo...» es hacerse una cosa con Dios.

«Pasa con tanta quietud y tan sin ruido lo que el Señor aprovecha aquí al alma y la enseña, que me parece es como la edificación del templo de Salomón, donde no se había de oír ningún ruido; así en este templo de Dios, en esta «Morada» suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio.»

¡No pudo llegar a más la elocuencia humana! Se percibe la gloriosa plenitud de un alma que Dios ha henchido de Sí. Percíbese el crecer de las luces sobrenaturales que inundan ya las quintas y las sextas «Moradas», se ve como el tocar en la fúlgida cumbre mística de las «Moradas Séptimas» la Santa, encendida en caridad de las almas, quiere hacerles gustar y entrever aquellos pasmosos secretos y anticipaciones del cielo; aquella infusa ciencia bebida en los labios del Amado, aquel milagroso ver de un solo mirar todas las cosas, sin sucesión de tiempo ni veladuras de distancias. Y con no ser sino vislumbres de la entrevista gloria, con no ser sino destellos de la increada luz de que la Santa participaba en raudos momentos lo que nos deja entrever, hieren los ojos de nuestra alma con tal fulgor de evidencia, que hemos de confesar, si queremos ser sinceros, que en modo alguno entendimiento humano pudo contrahacer tales rayos de revelación de lo sobrenatural, porque como insinúa un gran escritor, a propósito de los místicos y de Santa Teresa singularmente, a ser artificio aquella anticipación de lo sobrenatural «Fuera el artificio todavía más extraordinario que el portentoso y más difícil de creer.»

No, no pudo sólo la mente con ser la de la Santa tan privilegiada, entrever el esplendor de mil soles de la increada luz, el fuego de mil volcanes del divino Amor, la omnisciencia de Aquél que todo lo conoce, lo adivina, lo prevé

y lo crea en un solo momento, superando infinitamente a todas las fuerzas activas y creadoras de que tenemos noticia en nuestro pobre mundo.

Y de que todo esto lo entrevió la Santa, de que sus ojos espantados se asomaron al abismo de la infinitud divina, no dudará quien, anulándose reverentemente, la leyere.

Libro insondable, oceánico y asombroso es este que como todo aquello que toca el soplo que encendió las almas y los soles nos saca de nuestra limitación, nos levanta de nuestro polvo y nos hace entrever los horizontes eternos. ¡Inclinémosnos, señores, y arrodillemos el alma en este borde de abismo sobrenatural...!

Inspiración feliz ha sido la de celebrar estos Juegos florales teresianos aquí en Sevilla, capital del hispano-americanismo, pórtico inmortal de nuestras epopeyas oceánicas y archivo de la Historia de dos mundos.

Patria, Fe y Amor constituyen el triple lema de los Juegos florales, y no hay personalidad en la Historia en quien se resuman y encarnen tan altamente esos tres lemas como en Teresa de Jesús.

Ella que era toda *Fe* y toda *Amor* hasta ejercer el más ferviente apostolado de fe y de caridad, hasta quemar su alma, como incienso en el fuego del divino amor, cuyo nuevo evangelista fué en «Las Moradas», es también la

más alta representación de nuestra patria española, más aún la más alta representación de nuestra raza que tiene por alma inmortal, insumergible, la lengua que Teresa recogió chorreando vida y salud de los labios del pueblo de Castilla y caldeó en el regazo de llamas de su espíritu y levantó en sus alas de éxtasis al Tabor de las divinas comunicaciones. Aquella lengua tan caudalosa, tan sanguínea, tan suave, que rezuma realidad y trasciende a bienaventuranza, aquella recia habla castiza que sabe a caliente y oloroso pan de trigo y pega a los labios dulzor de cielo y sed de Dios, no fué del autor de *La Celestina*, demasiado humano y que escribió como si Cristo no hubiera nacido, de quien recibió la forma definitiva, la plena transfusión del alma hispana; ¡no! que no podía llegar a ser expresión de la España de la Reconquista, de la cristianizadora de América, ni de la España de la Mística, del Greco, de Rivera, de Murillo, de Zurbarán y de Calderón una lengua de la que Dios estaba ausente. No pudo ser tampoco, con ser tan generosamente castiza, la prosa del Maestro León, clásica y literaria como un pórtico greco-romano, la que arrojase para siempre del libro el hieratismo y el latinismo imperantes en la retórica, como en la arquitectura del Renacimiento y metiese en él la vida a puñados y la gracia de Dios a torrentes como había de hacerlo la única que hacerlo pudo. No fué tampoco

Cervantes el verdadero emancipador y nacionalizador de nuestra lengua y de nuestra prosa, porque la prosa es el barro genesiaco en que se amasa la novela; pero la prosa no la crean los novelistas, crearla sería para ellos, lo imposible: *precederse*. La prosa la crean los grandes renovadores de la vida y del espíritu. Y así sucedió siempre. Delante de cada novelista, delante de cada gran floración de las letras, va un gran renovador de la lengua que con significativa insistencia, suele ser un místico: San Francisco, el Dante, el autor de las Cantigas, y en nuestro siglo XVI, Santa Teresa. Cuando Fr. Luis renovó nuestro romance infundiéndole el jugo de su cultura clásica y el esplendor de su platonismo cristiano, vino Santa Teresa y creó su prosa que es la estética de su santidad, que es humildad sin afeites, amor efusivo, inmenso que hierve y estalla bajo la delgada envoltura de su dicción transparente. Con la reverencia de quien maneja riquezas de Dios, aparte la Santa de su estilo todo arrequite profano, toda reminiscencia gentilica, y con ímpetu valiente, españolísimo, poseída de su misión renovadora en todo echa a rodar los viejos trastos de escribir, la balumba de erudicción antigua que desde el siglo XIII, agobiada las espaldas a la Literatura, suprime el pedantismo de las autoridades; huye como de la peste de los discreteos alambicados y de las empalagosas dulcedumbres: y como

si en el sólido tintero de loza talaverana bebiera su pluma, en vez de tinta, luz y jugo de verdad rompe a escribir como se habla en la vida, familiar, sencilla, entrañablemente; como su alma sin levadura de engaños, conversaba íntima, regaladamente con Dios, como nunca supieron hablar libros humanos, y emancipa gloriosamente la prosa de Castilla de todo yugo y servidumbre, enseñándole a andar con su pie y a volar con sus propias alas.

Ya véis como Teresa de Jesús es la más alta encarnación del nacionalismo español; es la emancipación, la nacionalización, la transfiguración de este habla magnífica, nexo y alma de toda la raza española; de la lengua que aunque minúsculos nacionalismos regionales y suicidas desestimaciones propias, que son cáncer de la vida hispana, parezcan obstinados en no verlo, es nuestra mayor fuerza espiritual, nuestra mayor fuerza expansiva, nuestra mayor gloria histórica y la raíz fecundísima de todas nuestras justas reivindicaciones y grandezas futuras.

Porque la patria, más que extensión geográfica, es extensión espiritual; y la esencia de las nacionalidades más que en el sagrado ferruño que limitan las fronteras, reside en las lenguas que confínen infuso el espíritu de las razas.

Nuestra lengua es la túnica inconsútil de nuestra magna nacionalidad de raza, tejida con los hilos de luz y de sangre de las proezas de la Reconquista y las inspiracio-

nes del Romancero, y de la ciencia de los sabidores de todo el saber hispano-árabe; la túnica inconsútil que Isabel de Castilla, con sus venerables manos de Reina madre de América, tejió tan holgada y milagrosamente crecedera en virtudes y en poderío, que con ella se vistieron de la hidalguía, del genio y de la magnanimidad de España los dos mundos. Pero aún faltaba a la túnica maravillosa un broche espléndido, y vino Teresa de Jesús, y allí donde se cierran los bordes de la vestidura, sobre el corazón de España, prendió por broche un joyel más rico que cuantos forjaron orfebres de Bizancio, prendió la estrella de la mística Poesía, que sus manos enfebrecidas de amor cogieron como rosa astral de los jardines celestes, y la túnica se encendió toda en fulguraciones ultraterrenas; y penetrados de tales luces, Cervantes abrochó el cingulo de la veste simbólica con la joya única de su novela no superada; y los dramáticos la bordaron con el raudal de perlas de sus farsas incomparables, y Calderón rodeó el cuello con el sartal de miríficos relicarios de sus Autos Sacramentales; y desde entonces, la túnica indivisible viste de gloria a las dos Españas que la ciñen orgullosas como púrpura de un Imperio para el cual sigue sin ponerse el sol.

Blanca de los Ríos de Lampérez.

Junta de Damas

PARA EL

Tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús

Presidenta:

S. A. R. LA SRMA. SEÑORA INFANTA DOÑA LUISA.

Vicepresidenta:

Excma. Sra. Condesa de Lebrija.

Tesorera:

Sra. Condesa de Santa Teresa.

Vicetesorera:

Srta. D.^a Cecilia Romero.

Secretaria:

Sra. Condesa de Bustillo.

Vicesecretaria:

Excma. Sra. Condesa de Colombrí.

Vocales:

Excma. Sra. Marquesa de Esquibel.

Excma. Sra. Marquesa de Yanduri.

Excma. Sra. Condesa de Urbina.

Excma. Sra. Marquesa de las Cuevas.

Sra. D.^a Josefa Cepeda de Montes del Castillo.

Excma. Sra. D.^a Adela Ceballos de Tavira.

Excma. Sra. D.^a María Gómez Imaz de Cañal.

Srta. D.^a Angélica Saisain.

Excma. Sra. D.^a Pilar Luca de Tena de Luca de Tena.

Sra. D. Adela Grande de Barrau.

Junta de Señores

PARA EL

Tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús

Presidente Honorario:

EXCMO. Y RDO. SR. D. ELUSTAQUIO ILUNDAIN
ARZOBISPO DE SEVILLA.

Presidente:

Ilmo. Sr. D. Pedro Armero y Manjón, Conde de Bustillo.

Vicepresidente:

Excmo. Sr. Marqués de Torrenueva.

Tesorero:

M. I. Sr. D. Balbino Oliveira, *Canónigo Lectoral*.

Secretario:

Sr. D. Santiago Montoto de Sedas.

Vocales:

Ilmo. Sr. D. Joaquín Hazañias y la Rúa.

Sr. Marqués de Tablantes.

Excmo. Sr. Marqués de Guadales.

Sr. D. Santiago Mendaro y Romero.

M. I. Sr. D. Mariano Gómez Saucedo.

Sr. D. Ramón Ferrero de Andrade.

Excmo. Sr. General de Intendencia.

Sr. D. José de Medina y Togores.

Sr. D. Eduardo de Ibarra y Osborne.

Sr. D. Juan Lafita.

Sr. D. Manuel Bernal Zurita.

Rdo. Padre Superior de los Carmelitas Descalzos de Sevilla.

JURADO CALIFICADOR
DE LOS
JUEGOS FLORALES TERESIANOS

ILMO. SR. D. JOAQUIN HAZAÑAS Y LA RUA
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ILMO. SR. D. LUIS MONTOTO RAUTENSTRAUCH
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

M. I. SR. D. JOSÉ MORENO MALDONADO
CANÓNIGO DOCTORAL DE LA SANTA METRO -
POLITANA Y PATRIARCAL IGLESIA CATEDRAL

EXCMO. SR. D. ERNESTO RESTREPO
CÓNSUL DE COLOMBIA

Secretario del Certamen:

SR. D. SANTIAGO MONTOTO DE SEDAS
CRONISTA OFICIAL DE LA PROVINCIA DE SEVILLA

INDICE

	Págs.
BREVE NOTICIA DEL ACTO	III
DISCURSO DEL Iltmo. Sr. D. JOAQUIN HAZAÑAS Y LA RUA.	1
RETABLO TERESIANO, por la Excmá. Sra. Conde- sa del Castellá.	9
A SANTA TERESA, por D. Silverio Maquiera. . .	17
A LA SANTA NACIONAL, por el Iltmo. Sr. Dr. Don Eloy Montero	27
SANTA TERESA DE JESÚS, por D. Manuel Lassa y Nuño	57
AMOR DE SANTA TERESA A ANDALUCÍA Y SEVILLA, por el Rdo. P. Fray Silverio de Sta. Teresa. . .	63
EN EL TERCER CENTENARIO DE SANTA TERESA, por D. Fernando Araujo Gómez.	89
A SANTA TERESA, por el Excmo. Sr. D. José Ma- ría de Ortega Morejón.	97
LA VIRGEN DE ÁVILA, por D. Alberto Camba. . .	105
TERCER CENTENARIO, por la Srta. Adela de Me- dina	119
DE UN LIBRO SOBREHUMANO, por la Excmá. Señora D. ^a Blanca de los Ríos de Lampérez.	125
Junta de Damas para el Tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús. . .	159
Junta de Señores para el Tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús . .	161
Jurado calificador de los Juegos Florales Tere- sianos.	163

❧
❧ ❧
Acabóse
de imprimir
este libro, a ex-
pensas de la Junta
de Señoras del Tercer
Centenario de la Canoni-
zación de Sta. Teresa de Je-
sús, en la Imprenta de los se-
ñores Ortiz y Domínguez,
calle Federico de Castro
número 18, en la Ciu-
dad de Sevilla a
30 de Agosto
del año de
MCMXXII
❧ ❧
❧





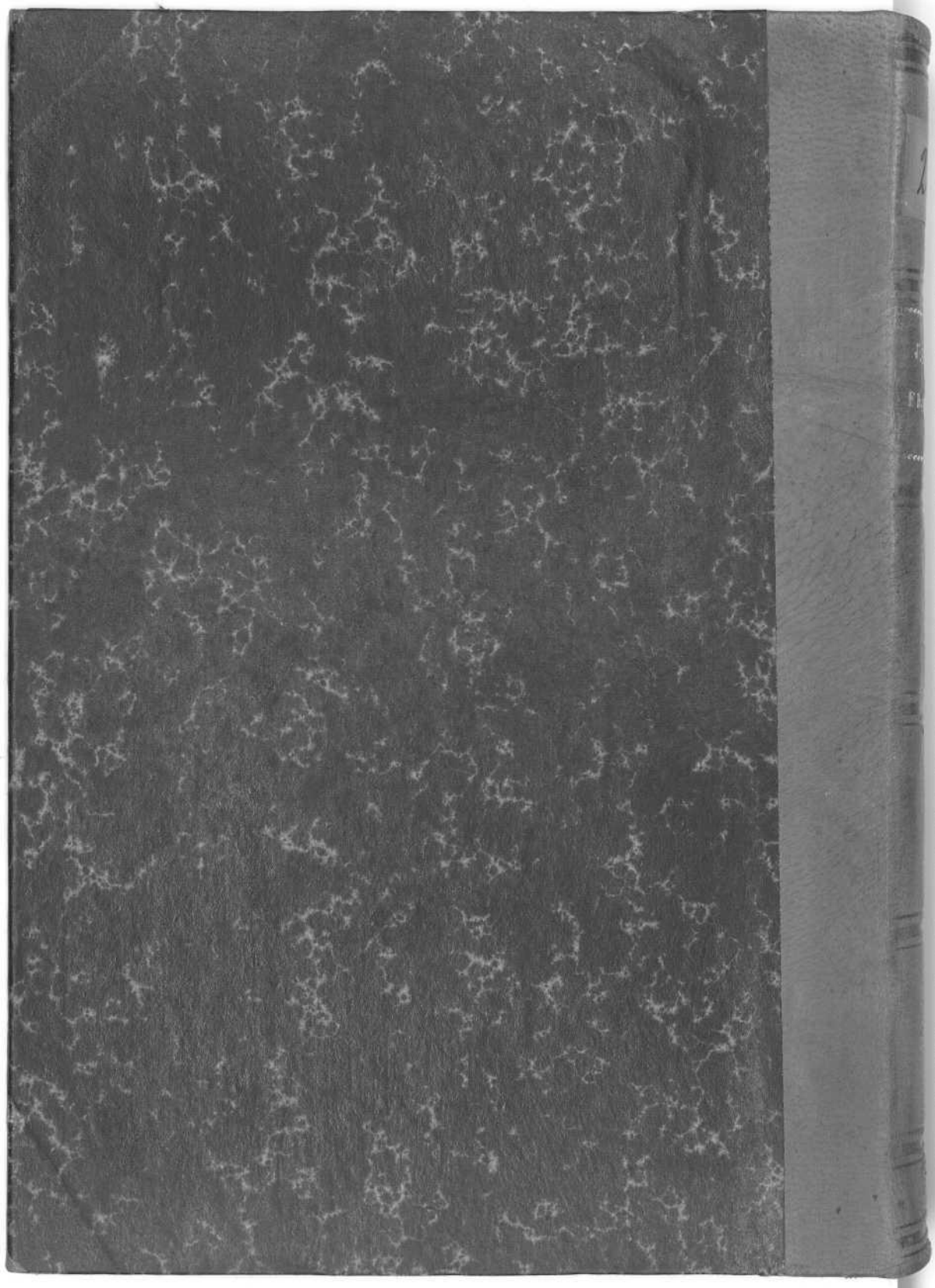
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	2020	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	127	Precio de adquisición. »
Tabla.....	2	Valoración actual.....	»



2020.

JUEGOS
FRORALES